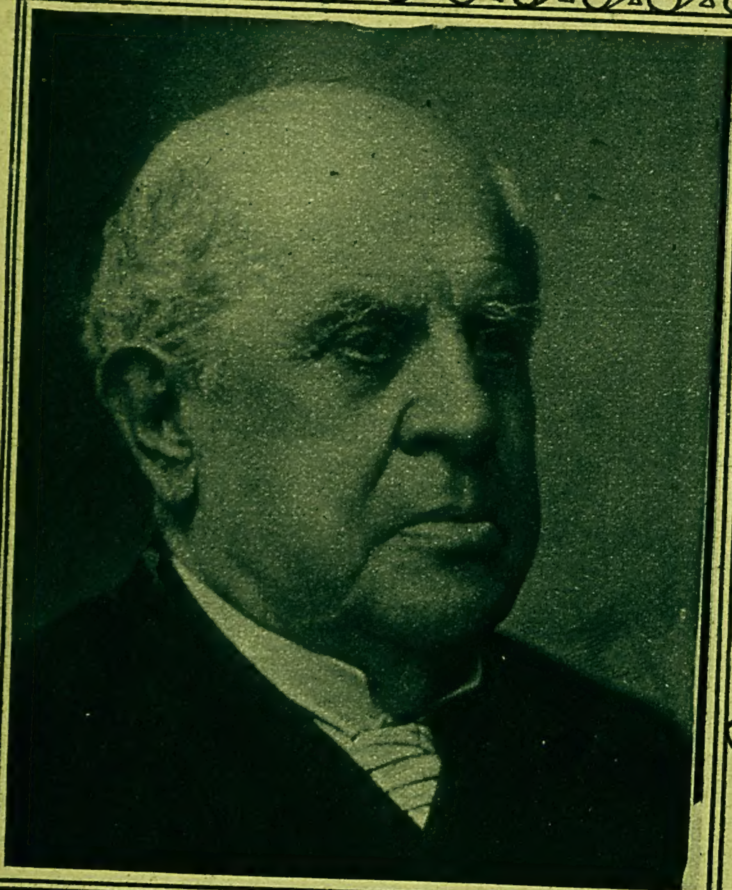
Mundo Argentino



Los sports de moda
El Tennis

En toda la república, 10 centavos
En el Uruguay, 5 centésimos

Algunas informaciones gráficas



El ilustre prócer argentino, don Domingo Faustino Sarmiento, a cuya memoria los alumnos de 5.º año del colegio nacional "Mariano Moreno", se proponen adquirir por subscripción escolar la casa donde falleció, en Asunción del Paraguay.





Arriba: la casa de Asunción, donde invernaba. Abajo: la casa en que falleció, en la cual se establecería una escuela argentina.



CÓRDOBA. — Equipo Colón, de Santa Fe, vencedor del Belgrano, en el match de foot-ball jugado últimamente.



CÓRDOBA. — Team Belgrano, que resultó vencido por 1 a 0.



CÓRDOBA. — Durante el te ofrecido a la señorita Nélida Olmos por sus amigas, con motivo de despedirla de la vida de soltera.

Fot. Bidolegui y Arena.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

Publicado por la Empresa Editorial HAYNES LIMITADA S. A. Maipú 393.—Bs. Aires

LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

AÑO XIII, N.º 646, Bs. As., Junio 6, 1923

NOTAS DE LA SEMANA

LA PROSPERIDAD NACIONAL

Depende en principal medida de la población.—El incremento inmigratorio no es satisfactorio. — Se dice que el país no está preparado para recibir grandes contingentes de inmigrantes. — Si no lo está, debiera estarlo. — El gran obstáculo lo constituye el latifundio. — Mientras no se remueva, la Argentina no podrá repetir en el siglo XX el milagro ascensional de los Estados Unidos en el siglo XIX. — Actualmente la corriente inmigratoria prefiere otros países al nuestro.—La tierra, el gran aliciente.

La corriente inmigratoria ha aumentado en este último año en relación a los precedentes, pero está lejos todavía de acercarse a las cifras anteriores al estallido de la guerra mundial. Estas últimas no guardaban proporción con las necesidades reales y las posibilidades del desarrollo de la república. ¿Qué diremos de las actuales?

La urgencia en aumentar la población es indiscutible. En un país joven el incremento de la población constituye el mejor índice de su prosperidad y señala el grado de su adelanto.

Cuando la guerra estalló, cesó bruscamente la inmigración a nuestras playas. Por entonces mucha gente se consolaba con la esperanza de que, a su término, vendrían contingentes inmigratorios sumamente abundantes, a punto de temer que su aflujo repentino diera lugar a problemas graves, pues hallaría a la república no preparada a ese objeto.

El hecho no ocurrió. Tampoco es probable que ocurra. Y en el caso, completamente hipotético, que ocurriera, a la vuelta de algunos años, ¿es un argumento aceptable el de la falta de preparación del país?

La república, de hallarse preparada, aprovecharía de una situación excepcional. El país que absorbió la más copiosa inmigración que se conozca, los Estados Unidos, impone actualmente restricciones sumamente severas a la entrada de las caravanas inmigratorias. En esas condiciones, la Argentina podría transformarse en el foco de atracción inmigratoria más poderoso y cumplir con el bello ideal de sus mejores pensadores: repetir en el siglo XX el milagro ascensional de los Estados Unidos en el siglo XIX, sin las perturbaciones e injusticias que acompañaron tal ascensión.

¿Acaso este ideal es inalcanzable, utópico? ¿Existen motivos irremovibles que impiden su actualización efectiva?

Apresurémonos a ratificar la inconcusa lección que surge del análisis sereno de los hechos: no existen obstáculos ineliminables con un poco de energía y decisión que impidan la realización del ideal soñado. Entonces—se dirá—¿por qué no se remueven esos obstáculos?

He aquí cabalmente el nudo de la cuestión. No se remueven por consideraciones inexcusables. No se remueven por respeto a intereses creados. No se remueven porque un espíritu hondamente democrático no ha penetrado todavía en los encargados naturales de esta tarea. No se remueven porque la influencia de los latifundistas, discordante con el rápido desarrollo nacional, es omnímoda. Ellos hacen la ley e imponen su voluntad.

El quebrantamiento del latifundio constituye la condición imprescindible del incremento de la población. ¿A qué vendrá inmigración sino a poblar la dilatada y fértil extensión argentina? Y cuando las mejores tierras fiscales han sido dilapidadas escandalosamente y cuando en todas partes perpetúa su imperio el latifundio, ¿adónde iría la inmigración?

La enorme congestión de Buenos Aires, la hipertrofia que padece, es la consecuencia directa, en principal parte, de la falta de tierras para los inmigrantes. La inmigración queda en la capital, vale decir, donde huelga. A lo cual agrégase que los hijos de colonos terminan también por trasladarse a la capital porque no consiguen tierras. Y así el mal del urbanismo cobra entre nosotros pavorosas proporciones.

Por lo mismo, explícase que aun los países que mayores contingentes de inmigrantes cuentan entre nosotros y que tienen con nuestro pueblo muchas afinidades, traten de canalizar la ola inmigratoria hacia otros horizontes. Recuérdese que hasta no hace mucho el gobierno italiano había entablado negociaciones con el gobierno de los Estados Unidos tendientes a obtener el levantamiento del rigor que aplica este último en la selección de la inmigración. Las perspectivas de los Estados Unidos en lo tocante a las facilidades para el desarrollo de las masas inmigratorias, siguen siendo superiores a las ofrecidas por la Argentina. Es que el problema de la atracción de torrentes de gente activa y laboriosa fué abordado en Estados Unidos sin contemplaciones, mientras que entre nosotros todo lo paraliza la intangibilidad del latifundio. Y si queremos población, el latifundio debe desaparecer.

CONFITERO EQUILIBRISTA



—Mira, mamá, el equilibrista ese que se ha escapado del circo.

MATERIAL UTILIZABLE PARA FUNDAR UNA ESCUELA DEL DELITO

La nota roja ha sido superabundante en estos últimos días: asaltos, crímenes, suicidios... Determinada prensa ha explotado bien la nota roja, ofreciendo a sus lectores una cantidad de datos verdaderamente sorprendente por su minuciosidad en el detalle. Durante varios días, el mismo asalto o el mismo crimen apareció llenando páginas enteras, alimentando la malsana curiosidad de determinado público, ese mismo que encuentra soso un periódico cuando no contiene una nutrida crónica policial. Sin embargo, no ha parecido todo eso lo bastante, y de una inexplicable "reconstrucción" de un hecho perfectamente aclarado, oficialmente se ha facilitado a la prensa interesada en ello una larga serie de fotografías, excelente para enseñar a matar al prójimo, y que pudieran utilizarse para una "Escuela del Delito por correspondencia"...







La visión sin ojos

UNA REVELACIÓN FISIOLÓGICA



En una hoja de papel blanco extendida en un marco de madera se dibujan diversos objetos: un número, un sobre, etc., etc., y sobre ella se pone un vidrio. El individuo de la prueba ya sea ciego o una persona a la que se le han cerrado los ojos, cuidadosamente, pasa las manos sobre el vidrio y consigue descubrir las líneas de los objetos dibujados y su naturaleza exacta.



Después de impedir al sujeto que vea por los ojos, se coloca delante de la frente una hoja de papel en la que hay unos signos y a cierta distancia de la nuca un caracol. Al cabo de algunos instantes, el sujeto indica la forma y el color del objeto.



Para hacer sus experimentos aún más concluyentes, M. Farigoule ha inventado un "guignol", es una caja alumbrada interiormente. Colocando delante de su abertura la parte elegida: la frente, la mejilla, la nuca, etc., etc., el sujeto logra distinguir la forma, el color, la transparencia o la opacidad de las cosas colocadas en el interior.

Hace poco corrió el rumor en París de que un sabio acababa de hacer un descubrimiento fisiológico de extraordinaria originalidad. Al parecer había logrado demostrar que el sentido de la visión no está localizado en el hombre exclusivamente en los ojos. A su juicio, nuestra epidermis, cuyos recursos misteriosos no conocemos por completo, podría darnos una percepción bastante clara del mundo exterior, si la acostumbráramos a desempeñar el papel de placa sensible en la fotografía del universo. Simplificando las cosas, el público estaría autorizado a sacar de eso esta conclusión mágica: "se puede ver sin ojos y leer mediante la piel".

A pesar de su esquematismo bastante poco científico, esta fórmula resume muy bien el alcance del descubrimiento realizado por el señor Luis Farigoule, ex alumno de la Escuela Normal Superior y profesor agregado de la Universidad. El señor Farigoule afirma que existe una "visión extraretiniana" y que nos hallamos dotados, sin saberlo, del "sentido paróptico", y da la explicación siguiente: el tegumento que cubre nuestro cuerpo contiene una serie de órganos microscópicos llamados "ojillos". Fisiológicamente son unos ojitos rudimentarios que comprenden: 1.°, un cuerpo constituído por la célula ovalaria; 2.°, una retina ocular formada por la expansión menisca; 3.°, una fibra óptica compuesta por la fibra nerviosa que sostiene la expansión.

Según el señor Farigoule, el proceso de la función ocular se produciría del modo siguiente: al atravesar los rayos luminosos las capas superiores de la epidermis, cuya transparencia es suficiente, dan en los cuerpos refringentes, sufren ahí refracciones sucesivas y forman sobre la retina una imagen poco más o menos basta. La visión paróptica utilizaría pues un mecanismo muy parecido al de la visión de la retina. Pero no conviene contentarse con esta analogía ingenua, y el señor Farigoule es el primero que advierte contra este peligro a los vulgares que intenten entregarse a esta asimilación demasiado cómoda.

El estudio de los invertebrados ha llevado a Farigoule a sus conclusiones. Había comprobado la imposibilidad en que uno se halla de atribuir una función invariable a ciertos órganos sensitivos de los animales inferiores. En el estado actual de la ciencia, nosotros no podemos determinar de una manera exacta ciertas reacciones fisiológicas sobre las cuales no razonamos más que por analogía. Por otra parte, la naturaleza nos ha suministrado indicaciones bastante sorprendentes. Así se dice, por ejemplo, que los peces poseen a cada lado del cuerpo una "línea lateral" formada por un cordón nervioso sembrado de pequeñas depresiones. Esas líneas laterales desempeñan un papel importante en la vida de los seres acuáticos. Si se suprime, por ejemplo, la línea lateral del costado derecho de un pez al que se le dejan intactos los ojos, el animal queda como tuerto. Ya no ve los obstáculos situados a su derecha, tropieza contra las rocas y se halla falsamente aislado de la mitad de su horizonte. Si se le suprimen las dos líneas laterales, da la impresión de una ceguera completa. Su torpeza demuestra que la ayuda de sus ojos no basta para permitirle andar sin dificultad en medio de los obstáculos que pueda haber en su camino.

Si, al contrario, se le quita los ojos y se le deja intactas las líneas laterales, será mucho menos torpe. Al principio, mostrará cierta vacilación pero evitará fácilmente los obstáculos. En realidad, las líneas laterales le resultan de más utilidad que su aparato ocular.

Los ciegos poseen asimismo ese "sentido de los obstáculos". Esto puede explicarse sin que sea necesario recurrir a la teoría de la visión paróptica ni al mecanismo de los ojillos de la piel.

Al probar el señor Farigoule el "sentido del obstáculo" en los ciegos, observó pronto que la definición clásica de la vista se revelaba con una exactitud extraordinaria. Al acercar rápidamente un objeto puntiagudo a la mano de un ciego, provocó un movimiento de defensa, pero obtuvo igualmente algunas indicaciones exactas. "Usted me amenaza con un objeto puntiagudo" le dijo el sujeto de la prueba; "ese objeto es largo y delgado".

Además no tardó en comprobar que la luz era el agente especial de la excitación del sentido paróptico. Las imágenes distinguidas por la epidermis eran más nítidas cuanto más iluminadas estaban.

Se emprendió entonces una serie de experimentos metódicos con las garantías científicas más severas, a fin de reunir cierto número de comprobaciones incontestables. El señor Farigoule no sólo se dedicó a tomar a ciegos para las pruebas, sino a personas dotadas de vista normal, a las que se le cerraba herméticamente los párpados mediante métodos muy estudiados. El sabio procuraba demostrar que la función paróptica no se desarrolla únicamente en las personas privadas de la vista. Ese sentido deben tenerlo todos los hombres: una facultad latente que se trata de despertar y desarrollar. En poco tiempo, después de haberse entregado a un esfuerzo de atención, por cierto bastante fatigoso, los sujetos consiguieron ver vagamente al principio, luego con extraordinaria exactitud, volúmenes, formas y colores, y leyeron caracteres de imprenta desde el tamaño más grande hasta el más pequeño.

Para alejar toda posibilidad de engaño, Farigoule coloca las letras o los números que somete a la lectura epidérmica en una caja alumbrada interiormente, cuyo contenido se halla protegido por todos lados contra toda indiscreción eventual del ojo. Se pone su única abertura en contacto con la parte de epidermis elegida y en esa posición el individuo debe descubrir los objetos colocados en el interior de la caja. Este aparato puede colocarse indiferentemente sobre la frente, las mejillas, la nuca o el antebrazo.

Se hicieron los experimentos con ciegos de todas clases, tanto con los que habían sufrido la enucleación completa como con los que habían perdido la vista por degeneración del órgano.

La opacidad, la transparencia, la translucidez de los objetos, el reflejo de las imágenes por los espejos y las variaciones de la intensidad de la luz son distinguidas e interpretadas por la visión paróptica de la misma manera que por la visión ocular.

Estos resultados han sido registrados por notabilidades científicas. Miembros del Instituto, médicos, radiólogos, oculistas, filósofos y críticos diversos han firmado resúmenes que no dejan lugar a duda respecto a la materialidad de los hechos. Puede discutirse la explicación fisiológica, el mecanismo de los ojillos de la piel y emitir otras hipótesis histológicas para justificar ese fenómeno: lo que queda establecido es que los experimentos de "la visión sin ojos" han sido coronados de un feliz éxito.

E. VUILLERMUZ.

UNA PREGUNTA POR PREGUNTAR ALGO



—Mozo; tráigame un vaso de agua.
—¿Para beber, señor?
—¡No, para bañarme va a ser!

Los cochinillos patriotas

Un artista de circo, alemán de nacionalidad, que en los azares de la guerra se encontró lejos de su patria, escrituróse hace poco en el "Nuevo Circo", de París, para dar funciones, presentando al público catorce cochinillos amaestrados. Como es natural, no declaró su nacionalidad y díjose holandés, hablando un lenguaje mixto de alemán, holandés y francés, suponiendo, con razón, que el público no sospecharía su origen germánico. Y todo hubiera salido a pedir de boca si los cochinillos no le hubieran estropeado la combinación. Dotados de oído finísimo, y de "sensibilidad" lingüística más aguda que los parisienses, parecióles que aquel idioma bastardo estaba fuera de lugar y no obedecieron sus órdenes en holandés, por lo que, indiferentes a la voz del domador, hicieron fiasco. El pobre artista tuvo que marcharse a otra parte con sus cochinillos amaestrados, que le dieron una lección, enseñándole que nadie debe negar a su patria.

La atracción del enfermo

—El peligro ha desaparecido. Dentro de dos semanas podrá estar completamente restablecido. Pero no podrá mover sus piernas; quedará paralítico...

Las palabras frías y pausadas del médico, Hebe las sintió como una lluvia de granizo. El terror paralizó su corazón y ofuscó su cerebro como si de improviso le hubieran arrebatado el punto de apoyo que tenía en sus pies y rodara dando tumbos cuesta abajo, con la muda desesperación del ciego que se siente resbalar por la pendiente cuyo fin no conoce porque sus pobres ojos no pueden distinguirlo. Su primo Ricardo le ofreció apoyo en sus brazos.

—Era de esperarlo—dijo con una entonación de disimulado regocijo.—Marcelo es un árbol que creció a la vera del camino expuesto a todos los huracanes. El viento quebró su tronco. Enderezar esa corteza curtida sería algo tan absurdo como pretender que la luna dejara de ser satélite muerto para tener luz propia...

Hebe lloraba en silencio. Adoraba a Marcelo con toda la intensidad ilusoria de sus veinte y cuatro años. Lo había conocido en una kermese social que las damas más conocidas del pueblo habían organizado con el objeto de recolectar fondos para una sociedad benéfica. Ella, ataviada con el pintoresco traje de andaluza, vendía flores dentro de una glorieta graciosamente instalada en un rincón del lugar, cuando Marcelo se acercó para adquirir un ramo de claveles. Hebe reparó en que el joven elegantemente vestido, cuyas maneras aristócratas designaban su condición de forastero, poseía unos ojos melancólicos de ave cansada, y que sus facciones, virilmente trazadas, tenían la palidez enfermiza de los corazones que viven nostálgicos de placeres y de alegrías.

Una mutua simpatía los insinuó a entablar una conversación que por unos instantes tuvo la virtud de poner un poco de luz en las pupilas a quienes las decepciones habían matizado sus miradas con la vaguedad incoherente de los morfinómanos.

Dos meses después, esas dos almas, idealmente formadas para cruzar una senda en donde los lirios azules del ensueño se erguían hacia el cielo en franco desafío a las miserias terrestres, se amaban con la pureza de las aves de los bosques que se internan en lo profundo de la arboleda para idealizar sus amores con el verdor de las hojas y el susurro de la brisa parlera.

Cuando su primo Ricardo bajó de la capital para pasar una temporada en el pueblo, reconoció en Marcelo a un antiguo amigo de la infancia. Esto contribuyó a unir más los corazones amantes. Pero la fatalidad, ese murciélago de alas negras que a ciegas desciende sobre las almas buenas, cayó sobre ellos. Marcelo enfermó gravemente. Su mal fué largo, doloroso y avanzaba lentamente con el paso tardío del caminante cuyos pies están llagados por las espinas del camino.

Marcelo fué internado en un sanatorio y hasta allá lo siguió Hebe resuelta a cuidarlo con toda la bondad de su corazoncito de oro. Quería estar junto a él, animarlo con su sonrisa; poner titilantes reflejos en esos ojos cansados que tanto adoraba. Todos los días, su madre y su primo iban a verlos. Al principio, las visitas de este último, fueron cortas, simples demostraciones de pariente afectuoso y de amigo correcto, nada más. Pero a medida que el tiempo fué transcurriendo, sus estadas se iban haciendo más largas. Con el pretexto de estar junto al enfermo, pasaba muchas horas en el sanatorio, viendo cómo Hebe iba desde su pieza hasta el cuarto del enfermo, siempre ocupada en algunos menesteres.

Poco a poco, Ricardo se fué convenciendo que se había enamorado de su prima. Cuando por casualidad su mano rozaba la suya, sufría un estremecimiento extraño, como si una corriente eléctrica lo hubiera tocado. Necesitaba verla, hablarla, mirarse en sus ojos y beber su aliento. Y para satisfacer sus ansiedades, pasaba largas horas sentado cerca del lecho del enfermo y se estaba quieto, silencioso, lleno de celos y de rabia cuando veía que Hebe se demostraba demasiado cariñosa con el otro.

Una noche que el enfermo dormía, se acercó a su prima y le tomó una mano.

—¡Hebe!—exclamó apasionadamente.

Ella lo miró asombrada.

—Pero... ¿qué tienes?

—¿Es que no comprendes? ¿No lo has comprendido? ¡Te quiero, prima mía, te adoro!

Hebe le tapó la boca llena de temor y miró a Marcelo. Pero éste parecía dormir. Su respiración quebrada, producía sonidos desacordes de cuerdas destempladas.

—¿El? ¿Qué importa? Es una piltrafa humana, un fardo dentro del cual sólo existen huesos muertos y carne enferma.

Hebe sintió que su corazón se encogía. Quedó atónita mirando a ese hombre con la expresión entontecida de los que sufren una sorpresa.

—Un enfermo que de nada te ha de servir. Su existencia futura, será como el hueco de una tumba abierta a todas las desdichas y a todas las amarguras...

—¡Basta! Vete en seguida... ¡Pronto! ¡Canalla!

Ricardo iba a responder, pero vió que el enfermo se agitaba. Pálido de ira, tomó su sombrero y salió rápidamente. Hebe se apoyó sobre la pared y lloró silenciosamente...

—Hebe...—llamó una voz impregnada de dulzura, poco después, y ella acudió, temerosa de que hubiera oído algo.—Acércate, tengo deseos de darte un beso. Ven, acércate... ¡Mi pobrecita! Cómo podré recompensar tanto sacrificio... Tú y Ricardo son los únicos seres que me han seguido hasta aquí. Y mientras viva, he de tener esos dos nombres grabados en mi corazón.

Ella respiró, pensando que Marcelo no había presenciado la escena anterior. Y llena de cariño, correspondió a sus caricias.

Así transcurrieron los días, largos, pesados, dolorosamente tristes y lentos como una cadena de eslabones enmohecidos que pasara quejumbrosa por la rueda de los años. Hasta que el médico diagnosticó la terrible sentencia. Curaría, sí, pero quedaría paralítico de las piernas...

Desde entonces, Ricardo se demostró delante de todos como festejante de Hebe. Por todo el pueblo se susurraba que Hebe había cortado su compromiso con Marcelo para aceptar a su primo Ricardo, y hasta unas muchachas, celosas de la preferencia de que Hebe era objeto, le enviaron una felicitación concebida en términos irónicos y burlescos.

Una tarde que Hebe iba a salir del sanatorio, Ricardo desde un sillón la contemplaba con arrobamiento.

—Querido mío,—dijo la mujer besando la pálida frente del enfermo,—será hasta dentro de media hora. ¡Adiós!—Y se marchó tirándole besos con su manita enguantada.

Ricardo se asomó a la ventana y la siguió con los ojos hasta que la figura gentil, elegantemente vestida de seda, se perdía a lo largo del camino.

—Ricardo...—llamó el enfermo.

Este se acercó con desgano.

—Tengo que diligenciar un asunto importante... regresaré en seguida...

—No, no te vayas. Debemos hablar; es necesario hablar.

Se había sentado sobre el lecho, trémulo, jadeante; sus ojos, de continuo apagados, brillaban afiebrados.

—Veamos,—respondió el otro con fastidio.

—Respóndeme a una pregunta... Mírame a los ojos, más de frente, más... Tú la quieres...

Ricardo se estremeció.

—Tú la quieres, lo sé... lo supe desde aquella noche que delante mío, delante de mi pobre cuerpo moribundo que no podía levantarse para escupir tu rostro y destrozar tu corazón emponzoñado, se lo manifestaste... Soy un enfermo... un inútil, lo sé; mi existencia futura, será como el hueco de una tumba... es verdad, eso no te lo discuto ni te recrimino. Pero lo que te reprocho, falso amigo, mal hombre, es que trates de arrebatarme el único rayo de sol que ilumina mi vida... ¡Eres un ladrón!—Su mano descarnada apretaba con fuerza la muñeca del otro.—Un ladrón, sí, tanto más vil y más miserable cuanto más precioso e insustituible es el objeto que arrebata. Has obrado calladamente, como los criminales que se amparan bajo las sombras de la noche para hundir su puñal; has obrado como el pirata costero, que apaga la luz de su barco para acercarse con sigilo al buque que ha de saquear; has procedido como el vampiro que desciende sobre sus víctimas cuando están dormidas... Por eso te odio, Ricardo, ¡te detesto!

—¡Oh, basta!

—No, es necesario hablar ahora que ella no está. Oye el proyecto que he forjado en las largas horas de desvelo, cuando el silencio de la noche tiene la virtud de hacer vibrar las cuerdas del corazón y poner locas ideas en el cerebro. Sé que mi amor no podrá hacer feliz a Hebe, mujercita sana, dulce, llena de ideales, rosa en capullo que más tarde caerá marchita bajo la sombra enferma que mi cuerpo puede brindarle. Y como presiento todo un futuro brumoso, he resuelto proponerte una cosa. Esta tarde arrojaré a Hebe de aquí. La llenaré de insultos; le diré que la aborrezco, recurriré a los peores medios para que me abandone con el alma enferma y el corazón en ruinas. Libre de mi influencia, hazle la corte, asédiala y veremos cuál de las dos fuerzas puede más: si la atracción magnética de mi pobre corazón enfermo o el asedio continuo de tus manifestaciones de amor. Pero si pierdes, si a pesar de todo, un día Hebe llegara hasta mí, nunca más vengas a verme porque te echaré como a un perro sarnoso.

Como lo había afirmado, esa noche Hebe abandonó el sanatorio llevando la más espantosa desilusión en su alma.

—Si supieras, mamita... Todo lo que me dijo... Todo lo que hizo... Si me parece un sueño, una horrible pesadilla. ¡El, mi príncipe... mi ideal, por el que hubiera sido capaz de dar mi vida entera!—exclamaba entre sollozos.

Hebe pasó dos semanas de verdadero martirio. Sentía que en su alma estaba la imagen de Marcelo tal cual la colocó en su altar íntimo. Sí, aunque hacía esfuerzos para olvidarlo, sentía que cada día lo adoraba más. Dulcemente, se sumía en el mundo azul del recuerdo para evocar las horas felices que pasaron juntos soñando dulces ilusiones de amor. No, ella jamás lo odiaría como lé predijo Marcelo antes de irse. En su jardín había nacido esplendente un rosal perfumado. Pretender que fuerzas extrañas lo convirtieran en una planta de cicuta, era imposible. No se puede sacar agua turbia de un lago cristalino. Es absurdo ponzonar las hojas de un árbol si sus raíces crecen puras en lo profundo de la tierra.

A pesar de que Ricardo la había encerrado en un círculo de redes para conquistarla, sentía que la ausencia de Marcelo aumentaba más el espantoso vacío que se había formado en su alma.

—Yo soy sano, fuerte, lleno de vigor y de vida, Hebe. Puedo brindarte un mundo de alegría y de ilusiones. A mi lado, sentirás el eco feliz de una carcajada, la franca emoción de una sonrisa. Unete a mí. Olvida ese enfermo que será un fantasma, un espectro interrogante en tu vida. La melancolía, el destierro absoluto de la felicidad, la eterna ausencia de la alegría, eso te espera si te acercas a él. No cambies la luz por las sombras, las risas por las lágrimas, las rosas por los cardos.

Pero el alma de Hebe se encontraba ausente cada vez que su primo le hablaba. Los ojos del enfermo, los veía por doquier, como dos estrellas que le tendieran sus brazos para acogerlo en sus altares. Luchó varios días, hasta que sintiendo que era en vano luchar con la potencia de los sentimientos, resolvió ir al sanatorio.

Ricardo, temblando de ira, loco de despecho al comprender que el otro triunfaba, la vió alejarse dichosamente soñadora hacia el que seguramente la había estado esperando todos los días, a cada hora, a cada instante.

Y cuando Marcelo la vió vacilante frente a la puerta de su dormitorio, le extendió los brazos delirante.

—¡Mi Hebe!... ¡Muy mía!... Todo aquello fué una farsa ¿sabes? Quise saber si el otro podía más que yo, y el resultado ha sido el completo convencimiento de que nada puede separarnos, de que nuestro amor es tan grande que había de subsistir a pesar de todo...

Y aquellas dos almas que se amaban con toda la pureza de los corazones buenos, se unieron mientras en el jardín cantaban las aves y la brisa susurraba sus íntimas quejas.



Y cuando Marcelo la vió vacilante frente a la puerta de su dormitorio...



Sofía ESPINDOLA.

Dib. de Biondini.

En el mundo del cine

Hace muchos años, un pintor francés, **Carlton Gardelle**, adoptó como hija propia una niñita expósita de 18 meses. La niña creció y fué sucesivamente "modelo" de su papá artista, y corista en diversos teatros de revistas de Nueva York. A los 20 años se casó, pero con muy poca suerte, y luego de divorciarse volvió al lado de su padre establecido en Hollywood; supo su verdadero origen y poco después se casó con el que hasta entonces creyera su padre. Qué argumento de película, ¿no?

Marshall Neilan dirigirá "Ben Hur" para la Goldwyn.

Carlitos Chaplin ha manifestado su intención de no aparecer más en películas y dedicarse en cambio de lleno a la profesión de director y productor. Los que se dicen enterados, aseguran que la película dramática de Edma Purviana, dirigida por Carlitos, colocará a este entre los más grandes directores. ¡Hay quien lo llama "émulo de Griffith"!

Norma Talmadge llegó de Inglaterra, acompañada por una bella joven inglesa, a quien había prometido un papel en su próxima película. Pero resulta que las primeras escenas que se filmaron revelaron que en el film, la joven **Margaret Leahy** se parecía mucho a Norma, y tenía veinte años, y ahora ha debido aceptar trabajar en comedias con Buster Keaton, porque Norma ha preferido buscar otra compañera menos conspicua.

Constancia Talmadge tiene un nuevo festejante. Se llama **William Rhinelander Stewart** y es un fuerte negociante neoyorquino. Pero Constancia no puede casarse sino dentro de 6 meses, ¡y entre tanto pueden presentarse tantos nuevos candidatos!...



Dorothy Davenport, la viuda de Wallace Reid, que vuelve al cine, haciendo la casualidad que su papel sea, en partes, trozos de su vida de casada.



Lois Weber, que después de declarado su divorcio simpatiza de nuevo con su ex esposo, llegando hasta amenazar a un periodista que comentó la extravagancia

Cuando **Allen Holubar** al comenzar su film "Slander the Woman", que próximamente será exhibido en nuestros cinematógrafos, tuvo que contraer una serie de "extras" que no intervenían en la película. En efecto se trataba de un médico especialista en luxaciones, fracturas de huesos, etcétera, un oculista que entendiera en ceguera causada por la nieve y por el resplandor de los focos Klieg que se usan para iluminar las escenas, un pedicuro especialista en sabañones y pies helados, y por fin un médico práctico en curar afecciones de la garganta y resfríos graves. Todo ello porque la mayor parte de la película debía ser impresionada en las regiones árticas.

Helen Ferguson comenzó su carrera cinematográfica haciendo de "doble" para artistas que debían caerse por la ventana o desde algún techo.

Jobyna Ralston o **Jobyna Howland**, la joven que reemplazará a Mildred Harris en las comedias de Harold Lloyd, ha trabajo antes con Max Linder y es la que en "Los tres mosqueteros" tiene a su cargo el papel de la costurerita confidente de la reina.



Margaret Leahy que trabaja con Keaton, fué la joven inglesita que trajo Norma Talmadge a su regreso de la jira por Europa.



Jack Dempsey, de quien espera el mundo el resultado de su próximo encuentro, está comprometido para intervenir en una nueva película, asegurándose que trata de reponer una mala operación financiera.



Jackie Coogan, quien terminado su contrato ha puesto a favor del mejor postor su nuevo compromiso alcanzando con ello a una fabulosa suma, nunca conocida entre actores de tan poca talla.

Dick Barthelmess y su esposa **May Hay**, anuncian el nacimiento de una nenita, la que, a lo que afirman los padres, es verdaderamente encantadora.

El contrato de **Jackie Coogan** con Sol Lesser, expiró hace unas semanas y Jackie no quiso renovarlo sino cobrando una suma fabulosa. Lesser no quiso pagar y comenzó entonces una formidable lucha de ofertas entre los principales productores de películas, lucha de la cual salió victorioso Marcus Loew, de la Metro, quien pagará a Jackie 500.000 dólares para empezar y le pasará luego el 60 % de las ganancias de sus películas. El contrato de Jackie es el más ventajoso que haya formado hasta ahora astro alguno.



Constancia Talmadge, a quien le atribuyen, las gentes de cine, un rico pretendiente neoyorquino, pero en realidad ella no ha confesado aún su predilección, quedando esto sólo en versiones



Mildred Davis, la esposa de Harold Lloyd, que se retira definitivamente del cinematógrafo por complacer a su esposo, quien ya le ha buscado una nueva actriz que la substituya.

Con el casamiento de **Harold Lloyd** con **Mildred Davis**, la pantalla pierde a una de sus más simpáticas artistas. Harold no quiere que Mildred siga trabajando en películas, ni con él ni como estrella independiente, y Mildred hasta ahora se resigna. La sucesora artística de Mildred es **Jobyna Ralston**, una joven, a lo que dicen, extraordinariamente bella y de mucho talento. Además, Harold ha contratado para sus comedias a un noruego llamado John Aasen, que con cerca de tres metros de altura, lleva con justicia el apodo de "gigante" en las películas del joven bufo.

Una revista de cine norteamericana reclama los siguientes informes: Los propietarios de studs desean saber cómo se hace para conseguir que un caballo corra una legua para llegar a la pista y tenga aliento para intervenir de inmediato en la carrera y ganarla contra adversarios completamente descansados; y cómo se las arreglan jockeys desconocidos para presentarse en el momento de largar la carrera sin haber sido inscriptos; en cambio he aquí un valioso consejo para los directores: si el argumento se complica y no se sabe qué hacer para arreglar el conflicto, no hay que alarmarse: basta con declarar al final que todo fué un sueño.

Dorothy Davenport, la viuda de **Wallace Reid**, tendrá a su cargo el principal papel femenino en una película de propaganda contra el uso de los alcaloides. El argumento de la película será compuesto por Gardner Sullivan; Thomas Ince la dirige y Mrs. Reid desempeñará en la pantalla el triste papel que con tanto ánimo soportara en la vida real, el de esposa de un hombre joven, sano y fuerte que comienza a tomar los alcaloides para poder cumplir con sus obligaciones y es aniquilado por ellos.

Gustavo Brock, el conocido pintor de miniaturas danés, que nos visitara hace algunos años, está actualmente en Nueva York, donde ha exhibido sus obras en la Ehrich Gallery obteniendo un señalado éxito. Brock, que durante sus estadías en Europa ha expuesto también en "Le salon des artistes français" y ha pintado a varios personajes de la realeza, ha trabajado últimamente en algunos estudios cinematográficos donde, entre otras, ha coloreado a mano las copias de "Adán y Eva", película de la cual es estrella Marion Davies.



Jobyna Howland, que ya se destacó al lado de Max Linder, será la reemplazante de Mildred Harris en las comedias de Harold Lloyd.



Allen J Holubar, director de una nueva película que ha ocasionado más gastos "extras" de los que se tenían presupuestados por desarrollarse el argumento en las regiones árticas.

Jack Dempsey invirtió 200.000 dólares en acciones de una compañía petrolífera, cuyos pozos resultaron desprovistos de petróleo. Para componer sus finanzas, Jack ha aceptado una propuesta de volver al cine y actualmente se entrena con varios "sparring-partners" a la vez, para ponerse en condiciones de trabajar.

Lois Weber se enteró hace poco de un rumor anunciando su divorcio de su esposo **Phillips Smalley**. No sólo lo desmintió, sino que amenazó al redactor que publicó la noticia con hacerle dar de palos por un amigo. Pero resulta que uno de los infatigables repórters de Hollywood, descubrió hace unos días que ya en junio del año pasado se había decretado el divorcio de Lois, y ante la evidencia miss Weber explicó que aunque casada en 1906, sólo había aguantado unos pocos años al lado de su marido, pero que ahora que estaba divorciada de él, solía salir a cenar con él y lo apreciaba mucho. Miss Weber y Mr. Smalley trabajan ambos en la Universal, ella como director y él como actor.



Helen Ferguson, que hizó su debut de la manera más arriesgada que pudo hacerlo una joven.



Carlitos Chaplin, el cómico que tanto trabajó por llegar a la popularidad de que hoy goza, quiere abandonar el típico traje para dedicarse exclusivamente a director

La subasta de un ministro

No se trata de una historia fantástica surgida al margen de la turbulenta vida política mejicana, ni de una elucubración ingeniosa del famoso humorista Mark Twain. Tampoco es una alusión intencionada a la instabilidad de las convicciones de ciertos hombres públicos que se cotizan al mejor postor—como en un mercado de abasto—en ese juego permanente de intereses, pasiones y egoísmos que significa la democracia.

El hecho que vamos a referir es un hecho real, auténtico, ocurrido hace poco en el corazón de Buenos Aires.

Es el caso que nuestro héroe, discreto médico como mal financista, era una persona de buen tono que gustaba las supremas voluptuosidades del arte pictórico y por satisfacer las naturales expansiones de su espíritu cultísimo no trepidaba en gastos las más de las veces superiores a los que podía permitirle el modesto presupuesto consular, pues nuestro hombre era también cónsul de un país nórdico.

Cierto día, en el apogeo de su carrera consular, acudió al taller de un pintor de fama, para que lo inmortalizara en el óleo. El artista cumplió tan a la perfección el encargo y puso tanto arte en la obra, que al retrato "sólo le faltaba hablar" y no habló, porque tampoco el modelo, es decir el cónsul modelo, habló cuando le convino acallar ciertos cargos de conciencia.

Concluída la obra maestra y no sabemos si también cancelada la cuenta, el retrato ocupó el sitio de honor en el salón de recepciones de nuestro personaje, expuesto a la admiración de propios y extraños y destinado a perpetuar la fama del pintor célebre y del cónsul modelo. Pero nada hay más fugaz que la dicha consular cuando se es cónsul de un país que se acuesta con una conspiración y amanece con un cambio de gabinete. Malos vientos soplaron del norte y, cuando menos lo esperaba nuestro biografiado, le vino la cesantía.

Falto de clientela y sobrado de familia, la miseria golpeó pronto a las puertas de su hogar que había olvidado la previsión de la hormiga en las horas de bonanza y uno a uno fueron a parar al montepío los muebles más estimados. Sólo quedaba ahí, como una reliquia del pasado venturoso, como un testimonio sobreviviente de la gloria pretérita, el magnífico óleo.

Nuevos reveses y mayores apremios, obligaron por último a su poseedor a pignorarlo—con lágrimas en los ojos—en el Banco Municipal, esperanzado de que los tiempos cambiarían y podría recuperar en breve el lienzo dilecto. Sin embargo no sucedió así.

Envuelto nuestro hombre en los trajines de la política, se vió obligado a deambular por los pagos de su tierra remota, convertido en apóstol de un credo socialista redentor, que lo redimió efectivamente de la miseria. Encumbrado muy luego en las altas esferas del poder y entre los halagos del mando y de la fortuna, el flamante prócer—¡oh ingratitud humana!—se olvidó del retrato empeñado y mientras tanto los intereses y los vencimientos llegaron unos en pos de otros. Cumplido el último, el Banco prestamista dispuso que el óleo fuera exhibido en el salón de ventas destinadas al remate público, confundido entre muebles viejos, prendas de vestir y cien mil baratijas, pobres despojos de la lucha encarnizada que libran las clases necesitadas de la sociedad contra la miseria y el hambre.

Allí, condenado al menosprecio de los rusos o a la glacial indiferencia de los extraños, en un ambiente de mercachifles y coleccionistas de antigüallas, el retrato parecía avergonzado de su fatal destino. Acaso esperaba que una mano piadosa lo arrancara de aquel lugar sórdido. Y la mano salvadora llegó. Fué un amigo de los días felices que reconoció—con el asombro consiguiente—en el retrato expuesto, al amigo ausente.

Deseoso de evitar a "outrance" la profanación democrática que significaba someter al martillo de un vulgar rematador la augusta figura de un ministro sudamericano y ansioso al mismo tiempo de sorprender al viejo camarada con un sugestivo obsequio, levantó una suscripción entre los socios del club a que pertenecía aquél, destinada al rescate del lienzo. El éxito pecuniario superó sus previsiones; pero un contratiempo vino a malograr su propósito. Una de las cláusulas del Reglamento Externo del Banco establecía que "las prendas en exhibición, correspondientes a empeños vencidos, no podían ser rescatadas ni renovarse los préstamos". No podía, pues, retirarse el cuadro y su remate era inminente.

¿Cómo era posible permitir la plebeya ofensa de la subasta vulgar de un hombre de estado? ¿Por qué tolerar que el óleo hecho a su imagen y semejanza fuera a decorar el escaparate de una casa de compraventa de la calle Libertad?. Había que evitar a toda costa el bochorno del remate, bueno para las haciendas o los muebles, pero no para los hombres públicos. Fué menester tocar los ocultos resortes de la diplomacia. La oportuna intervención de un Enviado Extraordinario de la nación afectada en el "affaire" facilitó la gestión. Después de laboriosa consulta con su cancillería asesorada por un eminente tratadista autor de "La Democracia en la Historia y en el Arte", interpuso sus buenos oficios ante el Directorio del Banco prestamista, que accedió gentilmente y por deferencia al pedido del país amigo. Indudablemente fué un éxito diplomático superior al de la V Conferencia Panamericana.

He ahí la historia sintética y novelesca del hermoso óleo que ahora adorna el salón principal del Palacio de La Paz Armada, entre flores y gallardetes, en los vastos dominios de S. M. el príncipe de "Tucktta-jhamun", fundador de la dinastía de los "Ckarahuyas", en el "Ayllu" de "Achacachi" (1923 años después de Jesucristo y 3.° de la Era Aymará).

La odisea de ese cuadro es también un símbolo de ciertos hombres que llegan a un destino superior después de haber luchado en el fango.

Alfredo PALACIOS MENDOZA.

AMARGURA

¡Ah, cómo es bella! Confundidos
ritmos, metáforas y glosas
surgen en vano tras la gracia
de su hermosura triunfadora,
¡que el Verso mismo empalidece
cuando en sus tules se la evoca!

Se han conjurado, abiertamente,
todas mis ansias, Señor, todas,
para mezclar esencias, mieles,
luces, gorjeos y corolas,
y alzar su imagen en el cáliz
terso y castizo de la estrofa.

Y todo en vano; su belleza
no irisará jamás mis trovas;
que, como a flor de maravilla,
la espera el mármol de las Diosas,
el serenísimo homenaje
del arte espléndido de Zonza!

...Señor, Señor:
¿por qué no habré sido escultor?...

Miguel D. ARZUBIAGA

LAS DISTRACCIONES DEL CORONEL



El Coronel Cienfuegos después de haber perdido el campeonato se llora distraídamente el "paragüero" del club.

Un valle de maravillas

Poco más de quince años hace que los yanquis no sabían que poseían en su territorio uno de los lugares más pintorescos del mundo.

El primero que lo dió a conocer fué Dellenbough, quien dice: "Me encontré en Dixie, Utah meridional, a lo largo del río de la Virgen, con su montaña Titánica de peladas rocas, el Gran Templo de la Virgen con sus opalinas murallas que se pierden entre las nubes y el maravilloso valle llamado por los mormones el Pequeño Sión, valle desconocido pero que rivaliza en belleza y grandiosidad con los de Yosemita, Yellowstone y quizá con el Gran Cañón.

Allí mismo se extiende la larga línea azul de las montañas del valle del Pino, con sus picos cubiertos de nieve que sobresalen por cima del maravilloso laberinto de bosques y precipicios multicolores.

En muchos sitios la falta de humedad hace que no se vea una planta, pero de repente se encuentran lugares en que la vegetación es asombrosamente ubérrima con una profusión de flores, una riqueza de color y una fragancia admirables: allí, al lado del cactus en todas sus variedades, crece el roble, y las plantas tropicales se mezclan en agradable confusión con las de los climas templados.

En aquel terreno, al parecer estéril, una gota de agua basta para hacerle maravillosamente prolífico.

Los mormones, maestros en irrigación, han convertido buena parte de aquel terreno en un verdadero Paraíso un Jardín de Edén, como ellos le llaman.

Allí se dan en abundancia almendras, higos, albaricoques, melocotones, uvas, granadas, melones, todo ello exquisito. En muchos kilómetros de extensión, ricos campos, verdes prados y viñedos ofrecen abundante vino, leche, carne y miel a sus moradores. Al dar la vuelta a una colina el terreno cambia de repente: todo es árido, pelado, estéril. Todo son rocas y arena, y al aventurarse uno por aquel desierto, bajo un sol de fuego, queda súbitamente sorprendido al contemplar de repente, como por arte de encantamiento, un rincón de esmeralda bañado por alegre riachuelo, y al mirar en torno todo es frescura, verdor, motas de chopos, campos de algodón, viñedos, rosales y huertos con las más exquisitas frutas. Otra vuelta y de nuevo perdemos de nuestra vista el color verde y el agua.

Así, de cambio en cambio, se puede viajar durante días hasta dar con la Ciudad de la Virgen, precioso oasis con su Gran Templo natural, que el tiempo se ha encargado de colorear de rojo y blanco, amarillento y rosáceo con su base de verde, templo sagrado cuya cima no ha sido jamás pisada por los pies pecadores de los hombres. Sus paredes, casi cortadas a pico, se elevan a más de 1.200 metros sobre el valle.

Esta montaña, este templo que el viajero ha visto al atardecer con los irisados colores del ópalo, como el camaleón ha cambiado de color, y al amanecer se ha metamorfoseado, apareciendo como colosal zafiro, que al aparecer el sol sus rayos se encargan de convertir en rubí y topacio, como si la prendiesen fuego, volviendo luego a tomar todos los colores del espectro.

A la izquierda, las rojas cúpulas rocosas de la meseta de Colob aparecen igualmente iluminadas. Su brillo y colorido van en aumento a medida que el sol va declinando, y todo el paisaje es un vista kaleidoscópica. Para el ojo no acostumbrado, esta prodigalidad de color es sorprendentemente maravillosa, casi dolorosa.

El espectáculo de los colores va en aumento a medida que el viajero avanza a lo largo del río, vadeándolo con frecuencia, pues allí no hay puente alguno, y así, kilómetro tras kilómetro, durante días. No hay posibilidad de salir del valle de la Virgen sin trepar por los acantilados de 300 metros de altura. Por los lados, las formas más raras que la fantasía pueda imaginar; abajo, en el valle del río, verdes campos cultivados con exuberante vegetación.

Por todas partes aparecen pirámides, rocas en forma de órgano como el llamado Ciclópeo, de variantes colores, por entre cuyas aristas se desliza el agua.

Es difícil describir el efecto de estas rocas multicolores desnudas, que se elevan a alturas colosales sobre su base, de mil matices del verde.

Durante varios días, el viajero va encajonado entre altísimas rocas, unas veces tan cercanas ambas paredes que parece que sus cimas van a tocarse.

La página de las curiosidades

Una habitación, para ser sana, debe tener por lo menos 2 metros y medio de altura y un volumen de aire de 13 metros cúbicos por persona.

Los ojos azules son apreciados no solo por la gracia y atracción que proyectan, sino porque se encuentran rarísima vez; y no falta quien afirme que no existe ese color y que lo que tomamos por azul, es un gris más o menos azulado. A pesar de su belleza, no hay que lamentar mucho que sean raras o que no existan las personas con ojos azules, porque todos los animales que los tienen son más o menos sordos.

Careciendo de atmósfera y de líquidos, en la superficie lunar reina una eterna calma, cuya quietud no rompe ningún sonido y en la que no se verifica, según sepamos, cambio alguno.

La ciudad más fría del mundo es la de Verkhoïausk, en Siberia. Ni la hierba germina en sus alrededores, teniendo en invierno una temperatura media de 49 grados bajo cero, llegando en los grandes fríos a marcar 61 grados. Durante cuarenta días está sumida en espesa noche, para hacer más terrible la vida en esa región.

El lago de Yochimilco, que surte de agua a la capital de Méjico, se está secando. Los indígenas de la región que viven exclusivamente de los cereales, verduras y flores que les producen sus "chinampas" o huertas lacustres, están alarmadísimos al ver que hay sitios en que ya ni siquiera pueden navegar sus canoas.

Uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, Mr. Stokes, vivió muchos años en un barrio pobre de Nueva York, haciendo la misma vida que los pobres en cuya compañía trabajaba, y gastando en un año lo que tenía de renta en un día.

Las aves dan muestra de galantería, probando que esta cualidad no es exclusiva del hombre. El más "caballero", es el macho de la perdiz, que durante seis meses permanece constantemente al lado de su compañera, dispuesto siempre a ayudarla en sus deberes maternos.

En Serbia existe un impuesto para los solteros. Los hombres de diez y ocho a treinta años que persistan en el celibato, satisfacen la suma de 30 dinarios mensualmente y los que pasen de 30 años, pagan 60.

Las mujeres solteras del país, dirigieron al gobierno un mensaje de gratitud por tal ley, solicitando se doble el impuesto cada cinco años para que sus efectos sean más eficaces.

Un edificio de Nueva York, el Woolworth, tiene cincuenta y ocho pisos. Sus ascensores son calles verticales. No hay casi trecho allí para que las personas anden en un plano horizontal; su movimiento es para arriba y para abajo: como el del mercurio en el tubo de un barómetro.

Conviene beber poco durante las comidas, a fin de no diluir el jugo gástrico.

Es curioso el por qué de llamar "álbum" a todo libro en blanco destinado a recoger cosas escritas, pintadas o pegadas.

Los anales de los pontífices que consignaban día por día los principales acontecimientos del año, se escribían sobre hojas de madera blanqueadas con albayalde, que se llamaban "álbum" (blanco). Tal es el origen de este nombre.

Cada aniversario del día de bodas tiene su nombre, según la cantidad de años que transcurren en la unión matrimonial: al año, se celebran las "bodas de algodón"; a los dos años, las "de papel"; las de "cuero" y de "madera", después del quinto año; al séptimo año se llaman "de lana"; al décimo, "de estaño"; al duodécimo, "de seda"; a los quince años, se llaman "de cristal"; a los veinte, "de porcelana". Las "bodas de plata" a los veinticinco años; las "de oro" a los cincuenta años y las "de diamante" a los sesenta.

Los yacimientos de petróleo son inagotables según opina un eminente químico. Atribuye la formación del mineral a la acción constante del agua sobre los depósitos metálicos y carboníferos que se encuentran en las regiones calientes del centro de la tierra y dice que la rapidez de su formación es suficiente para compensar las pérdidas debidas a la extracción de dicha substancia para los usos industriales.

El primer diario que se vendió en las calles de Buenos Aires fué "La República". Apareció el 1.º de enero de 1867. Su precio, era un peso moneda corriente, o sea cuatro centavos.

La luz eléctrica fué inventada en 1846, y treinta años más tarde una alta autoridad científica, declaraba que no pasaba de ser un "chiche interesante" que jamás daría resultado. Los hechos probaron todo lo contrario.

La estatura que posee la Venus de Milo es de un metro seiscientos milímetros.

La práctica del boxeo, no solamente enseña a manejar con provecho los puños sino que también endurece el cuerpo para no sentir los golpes.

El aire recién espirado por un ser humano, no sólo alimenta a los microbios en suspensión, sino que favorece en alto grado su multiplicación.

Ciertos indígenas de Méjico se inmunizan contra la picadura de serpientes venenosas, comiendo el tubérculo de una planta denominada "mano de sapo".

Con la flor silvestre llamada "diente de león" se ha conseguido fabricar una bebida alcohólica.

Las perlas son tan delicadas que no resisten a los ácidos ni a las grasas.

El abanico de cierre, tal como hoy se le conoce, parece ser originario de Corea, de donde fué introducido en China.

En el polo no hay medida del tiempo. No hace falta dar cuerda al reloj, porque siempre son las doce.

Se conoce al este de la India, una planta cuyos folíolos se elevan y descienden rítmicamente como un corazón que late. Se estudia seriamente la razón de estas pulsaciones vegetales en la planta citada a la que designan con el nombre de "planta telégrafo".

El famoso licor llamado Benedictino se empezó a fabricar en 1510.

La mesa que el ex presidente Wilson tenía en su despacho de la Casa Blanca, era un regalo de Inglaterra. Fué construída con las maderas de un buque de la marina real, embarrancado entre los hielos, cuando iba en busca del explorador polar sir Franklin.

Durante la Edad Media, todas las sortijas nupciales poseían su correspondiente lema grabado en el interior del aro.

Se ha comprobado que la remolacha rallada puede ser ventajosamente usada en la curación de una herida, pues obra como antiséptico y disminuye la inflamación.

LOS SECRETOS DE LA INDUSTRIA



Sistema eficaz para imponer el uso de unas suelas y tacos de goma que no resbalan.

Mientras la caña dulce tiene un cuarenta por ciento de azúcar, la remolacha no pasa de un veinticinco.

Los "comanches" son pieles-rojas que habitan las praderas de Texas, siendo refractarios a toda civilización. Entre sus raras costumbres anotamos esta: cuando las jóvenes solteras han llegado a los 18 años sin que nadie las haya solicitado para esposas, se presentan al jefe de la tribu, el cual las vende en pública subasta, en un día fijado.

Es superstición muy extendida entre las señoras, el precaverse de llevar en sus sombreros, el día de año nuevo, plumas o pájaros de adorno, pues traen "mala suerte"; en cambio, las flores constituyen un excelente pronóstico.

Calentando los limones antes de exprimirlos, se obtiene doble cantidad de zumo.

Se asegura que Artigas nunca tomó mate sino cebado por sus mismas manos, pues tenía un procedimiento complicado para esta operación. El agua se sometía a tres hervores y al empezar el "amargo" vertía dos cucharadas de agua fría por la bombilla, dejando unos minutos de reposo al mate; extraía luego el líquido, sometía la yerba a diversas presiones con la bombilla y empezaba a cebarlo.

La letra vocal que más se emplea en castellano, francés, inglés, alemán y flamenco, es la *e* y la *i* en italiano y latín.

¿Qué era el lecho de Procustes? Procustes era un bandido del Atica que, no contento con despojar a los viajeros, los acostaba en un lecho de hierro, bien extendidos. Si los pies eran más largos que aquel, se los cortaba, y si no llegaban a la cama, les estiraba con cuerdas las piernas hasta conseguirlo. Fué muerto por Teseo, quien lo sometió a la misma tortura.

Según el doctor Dunayier, el ácido fénico es el remedio más eficaz contra los dolores de muelas y basta preferible a la creosota. Para disimular su olor y sabor se mezcla con esencia de limón.

Los bailes gauchescos son mucho más numerosos de lo que el lector se imagina. Tal se deduce de la siguiente lista: la huella, el gato, el triunfo, el marote, el palito, el cielito, el pericón, el prado, la firmeza, el malambo, la zamacueca, el caramba, la chilena, la chacarera, los aires, la media caña, la mariquita, la arunga, la tirana, la zamba, la habanera, el escondido, y el cuando...

Con las hormigas de miel hacen los mejicanos confituras de una bebida fermentada; nunca faltan en sus mercados orugas, mosquitos y larvas acuáticas que comen preparados en distintas formas.

En Lituania existe una rara costumbre de boda. Después de la cena y a la hora en que deben llevar a la recién casada a su cámara nupcial, le cortan el cabello y todos los convidados bailan alrededor de ella.

El peso de los objetos no es igual en todo el mundo. Una cosa que pesa 480 kilos en Londres, pesaría un kilo más en Groenlandia y cerca de un kilo menos en el Ecuador.

Se llaman "pucarás" a las fortalezas que existen aún en ruinas y que los calchaquíes tenían para defender la entrada de las montañas.

Los hombres contaban con los dedos, antes de tener términos con que expresar los números. Una tribu del Orinoco, representaba "cinco" con una mano entera; "seis", tomando un dedo de la otra mano y "diez", por dos manos; después vienen los dedos de los pies, de suerte que "un pie entero", significa quince; "un dedo del otro pie", diez y seis; un "indio", veinte; "un dedo de la mano de otro indio", veintiuno, etc., etc.

¡Que vengan de una vez los ladrones!

Filiberti se había ido a vivir con su familia a uno de los pueblecillos suburbanos del sur, a Gerli, a Lanús, a Talleres, a Banfield, lo mismo da. Su familia se componía de su esposa y cuatro hijos menores. Los chicos iban a la escuela, la madre atendía al trajín doméstico, y Filiberti salía de casa a las siete de la mañana para concurrir a su empleo en la capital, y no regresaba hasta el anochecer.

El primer domingo de su estancia en el pueblo, hallándose en casa y teniendo ocasión de conversar con algunos vecinos, supo Filiberti por ellos que había por allí gente maleante, a la que se debía temer, sobre todo de noche. La esposa, que oyó a quienes se lo decían, confirmó la advertencia declarándole muy parsimoniosa que ya el lechero y el panadero, y el verdulero y el carnicero, y todos los proveedores a domicilio le habían hecho la misma observación.

Filiberti escuchó atento todas aquellas prevenciones, por la intención cordial que tenían, pero no les dió importancia. Un hombre que ha vivido siempre en el centro, insensiblemente se ha acostumbrado a la idea de la absoluta seguridad personal ante los malhechores, que, por más que de ellos se hable a menudo, sólo parecen seres de leyenda.

—¿No tiene perro?—le preguntó un vecino.

—No... no tengo,—respondió Filiberti, sin creer que un perro fuese objeto de necesidad en su casa.

—¡Ah!—observó obsequioso otro vecino,—un perro, por lo menos, lo debería tener.

—Y un revólver. ¿Tampoco tiene revólver?—preguntó por su parte otro.

—¿Revólver?—observó extrañado Filiberti.—Y ¿para qué? ¿Quién va a venir a robarnos a nosotros?

A lo que dos o tres de los vecinos, entre ellos la guapetona señora del de al lado, replicaron:

—¡Oh, no se sabe, señor Filiberti! Son muy malos y entran en cualquier casa, y más en la de usted, que acaba de mudarse.

—Al que antes vivía aquí,—recordó en eso uno de los contertulios,—lo asaltaron una vez y tuvo que andar a tiros con los ladrones.

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó entonces Filiberti, súbitamente interesado ante un dato tan concreto y tan próximo.

—Es cierto,—asintieron todos, entrando en seguida a dar minuciosos detalles del hecho.

Resultaba, según los oficiosos informantes, que una noche habían asaltado la casa varios individuos, tomándola por una brecha del cerco de alambre y ligustros, y el inquilino había tenido que repeler a tiros a los asaltantes, so pena de ser despojado de todo objeto de valor que tuviese y acaso de la vida también.

—Por allí entraron, ¿ve?—precisó más aún otro vecino, señalando un trecho derruído del cerco.

Filiberti se dió vuelta y contempló detenidamente el lugar indicado, como si todavía quisiese ver las huellas de los ladrones para cerciorarse en definitiva. Luego, concentrando repentinamente su atención en el dato del tiroteo, preguntó:

—Y, ¿mató a alguno?

—¡Oh, por Dios, no hace falta!—le respondieron.—Con tirar al aire o a los pies, ya disparan.

—Pero podría haberlos matado—insistió el hombre.

—Y, bah, si los mataba no lo iban a llevar preso. Para qué se meten en casa ajena.

Al día siguiente, Filiberti había olvidado la conversación del domingo; pero no la había olvidado su esposa, que, como mujer, se inclinaba fácilmente a dar pábulo a todo rumor inquietante, y ya estaba convencida de que había ladrones y de que los iban a asaltar una noche de aquellas. La mujer había vuelto a conversar con el panadero, con el lechero, el carnicero, el verdulero, etc., y por la noche, durante la cena, le dijo al marido:

—Mirá, el verdulero me ofreció hoy un cachorrito, si lo queremos.

—¿Un perro?—preguntó Filiberti.

—Sí, dice que es muy lindo, de raza.

—Pero, mujer,—observó amablemente el esposo,—¿también vos crees eso de los ladrones?

—Yo... yo no,—respondió ella, azorada;—pero me gustaría tener un perro, para que me acompañase todo el día.

—Bueno, si es así,—consintió Filiberti,—que lo traiga.

—¡Oy, qué lindo, qué lindo!—exclamaron a coro las criaturas.

El verdulero trajo, pues, el animal, un cachorrito que por el momento no servía más que para comer, gruñir por la noche al quedarse solo, juguetear con los chicos y morder cuanto trapo caía a su alcance. Con ello, la mujer se quedó algo más tranquila y Filiberti dejó de pensar en los ladrones por un tiempo.

Había transcurrido un mes, cuando otro día se encontró en el centro con un amigo que, al saber adonde se había mudado, le advirtió:

—Ah!, tené cuidado; yo he vivido por el sur varios meses y hay muchos ladrones. Usá revólver.

¡Otro que tal!... Pero ¿cómo iba él a andar con armas si nunca las había usado ni tenía el menor deseo de usarlas? ¡Un revólver! Fácilmente se compra y se lleva; pero luego, sólo Dios sabe lo que puede suceder.

Sin embargo, de regreso en el tren se puso, a pesar suyo, a imaginar un posible asalto a su casa, e imaginando el conjunto, pronto se detuvo en un detalle que concluyó por ocupar toda su atención: el del lugar derruído del cerco, por donde otra vez habían entrado los ladrones.

—Sí, eso sí,—se dijo al fin;—eso, debo arreglarlo. Después de todo, así queda feo y los chicos de la calle pueden entrar a molestar. Sí, tengo que arreglar el cerco.

Y en seguida que llegó a casa, se acercó al sitio de referencia, examinó el desperfecto, vió que harían falta unos metros de tela metálica para reparar el hueco y decidió comprarla al otro día, a fin de poner manos a la obra el domingo próximo, lo que alegró indeciblemente a la mujer, que veía angustiada aquella abertura.

Estando a la mesa aquella noche, de repente sintieron unos tiros allí cerca, parecía que allí mismo, en el jardín de la casa. La esposa y los chicos se asustaron; Filiberti no dejó de sorprenderse tampoco, pero disimuló por no aumentar el susto de los demás.

—Parece que fué en la casa de al lado,—observó al rato la mujer.

—¡Los ladrones!—exclamaron sobrecogidos los muchachos.

—Pero... ¿a esta hora?—preguntó extrañado el padre.

—A cualquier hora,—se apresuró a responder la esposa.—Si no hay policía, si no hay nada, si no temen a nadie. Y luego, como saben que no les tiran a dar...

—También yo iba a tirar al aire. ¡En la barriga les meto todas las balas!—profirió Filiberti, que ya no dudaba de que había asaltantes y que, precisamente por ser más confiado, ante la evidencia sentía mayor exaltación.

—Y ¿con qué les ibas a tirar?—replicó la mujer.

—Bueno, mañana mismo arreglo el cerco—dijo Filiberti por respuesta, renuyendo todavía la cuestión de armas.—Faltaré medio día al trabajo.

Por la noche, tardó en dormirse pensando en que no había hecho bien en dilatar el arreglo del cerco, y durante el sueño, algún ruido insignificante de esos que por el día ni se perciben y a la noche cobran proporciones alarmantes, lo despertó sobresaltado.

Pues al otro día, conforme lo había decidido, se fué a la ferretería del mismo pueblo, compró unos metros de alambre tejido, pidió prestados unos alicates, volvió a casa y en dos horas reparó el alambrado, plantando además unos gajos de ligustro. En el mismo tiempo, la esposa ya había podido enterarse de que los tiros de la noche anterior habían sido efectivamente en la casa de al lado, por tres ladrones que querían robarles las gallinas y un cordero.

No estuvo ya tranquilo desde aquel día Filiberti. Sin duda alguna, había mala gente en el pueblo, y cualquier noche le tocaría a él ser asaltado. Nada de valor tenía en casa, fuera de los muebles estrictos y la ropa. Ni siquiera gallinas había querido criar, por no dar más quehacer a su esposa. Pero estaba visto que los ladrones de allí no iban buscando grandes caudales, y quizá si entrasen, al no encontrar nada fuese peor, pues les daría por atentar contra las personas.

No había remedio: tenía que prevenirse y usar armas. Si fuera solo, no le importaría; pero estaban la mujer y los chicos, y no podía consentir la idea de que alguien se los tocase sin asesinarlo. ¿Tirar al aire?... Sí, sí... que se le metiera uno en casa: lo dejaría redondo en el sitio. La ley lo amparaba.

A fin de mes, tan pronto como cobró su sueldo, se fué a una casa de compraventa y adquirió un revólver de lance, en buen uso y por poco precio. El perro que le había regalado el verdulero crecía poco y no parecía excesivamente bravo; pero ya no necesitaba otro guardián en la casa. Durmiendo, no lo iba a sorprender nadie, y como él tuviese lugar de empuñar el arma... iba a haber allí más fuego que en Verdún.

Algo curioso le ocurrió entonces a Filiberti y que las personas que por primera vez usan armas comprenderán muy bien: teniendo revólver, ansiaba la ocasión de emplearlo, porque ¿para qué lo tenía, si no? Por las noches, dormía en vilo, atento al menor ruido que se producía en la casa. Mientras no se había decidido a desconfiar, no le inquietaba la posibilidad de ser asaltado. Siempre hallaría cómo salir del paso, empuñando un garrote, volteando una silla, pidiendo auxilio. Ahora, prevenido y con armas, le habría sido terriblemente humillante que le ganaran de mano y no pudiera defenderse. ¡Buen papel haría ante la familia y los vecinos apaleado y robado y con el revólver sin descargar!

Así que redobló sus precauciones. Antes de acostarse, examinaba todos los rincones de la casa, no fuera que se hubiese quedado alguien dentro, y una vez acostado, al primer ladrido del perro o al primer ruido del viento en las ramas del ligustro, se despabilaba sobresaltado; y si los ladridos o el ruido persistían o se hacían sospechosos, se levantaba, revólver en mano, y se iba sigilosamente a observar a través de los vidrios de la puerta cancel.

En eso, un acontecimiento bastante grave vino a aumentar su inquietud. Asaltos a las casas o a los transeuntes se producían diariamente. Por la noche, era cosa de sentir tiros a cada rato, a veces próximos y secos, a veces lejanos y retumbantes. Pero, cuando llevaba unos tres meses en el pueblo, sucedió que media docena de foragidos penetraron a las diez de la noche en casa de un matrimonio anciano y mísero y asesinaron al hombre, dejando malherida a la mujer y destrozados todos los muebles de la casa.

Filiberti se enteró del hecho al día siguiente, por los diarios de la capital, que en su sección "Provincia de Buenos Aires", daban noticia de él con detalles horrorosos. Los diarios añadían que el vecindario estaba alarmado, que no había garantías personales en el pueblo y que la jefatura de policía de la provincia debía establecer allí más vigilancia. Insinuaban también que quienes hubiesen podido cometer el crimen fuesen unos delincuentes bien conocidos de todos, capitaneados por un criminal de larga fama, pero en los que nadie osaba poner mano porque eran buenos elementos electorales de la situación.

Filiberti se indignó cuanto a un hombre de buenos sentimientos le corres

(Sigue en la otra página.)



—¡Que vengan de una vez los ladrones!—exclamó...

pondría indignarse en tal caso. Aquellos asaltantes mezquinos y sin entrañas no tenían perdón de Dios. Si atacasen las casas de los ricos, todavía podía disculpárseles, considerándolos a pesar suyo movidos por la incitación de la riqueza excesiva; y si las circunstancias los pusiesen en trance de luchar con un hombre fuerte y joven que les hacía frente, la defensa personal, a que también los ladrones y asesinos tienen derecho, sin duda, los dispensaría de una reacción violenta. Pero ni asaltaban las quintas de los ricos, ni hacían frente a hombres jóvenes. Acometían a dos ancianos que apenas tenían para comer y que no habrían podido resistir a un niño. ¡Oh, esto no tenía disculpa! ¡Y todavía, sabiendo quiénes eran, los dejaban libres!...

Comentando por la noche el suceso con los vecinos, Filiberti exclamó airado:

—De esto tiene la culpa la gente misma, que les guarda consideración y no los mata cuando los pesca en casa. ¡Que tiren, que tiren al aire o a los pies! ¡Diez onzas de plomo le meto yo en el cuerpo, sí pesco a uno!

Y como creyese ver que los vecinos no estaban del todo conformes con su severidad, puesto que ninguno lo apoyaba en su extrema opinión, se exaltaba más y ya no habría deseado otra cosa que andar a tiros, para que vieran si cumplía o no lo que prometía.

Ya estaba seguro Filiberti de que una noche intentarían robarle. Por el día, mientras permanecía en el centro, no dejaba de pensar con temor en su casa, donde estaban solos la mujer y los chicos. Por más que le había dado a su esposa precisas instrucciones acerca del manejo del revólver, que le dejaba, y le había dicho que tirase sin consideración al primer sospechoso que se acercase, no estaba seguro de que ella acertase o se decidiese a obrar en el momento debido.

Y las noches, las más de ellas las pasaba desvelado, levantándose a cada instante, yendo con sigilo de una pieza a otra, escuchando con la respiración contenida y tratando de penetrar con la vista las tinieblas de fuera a través de los vidrios de la ventana o de la puerta cancel.

Después de noches tan malas, se levantaba pesado, ojeroso, con amargor de boca y el cuerpo dolorido.

—¡A buen sitio hemos venido a parar!—se decía desalentado.

Con todo, no se resolvía a mudarse; lo uno, porque mudarse de casa cuando hay que andar escatimándole los pesos al alquiler, y él era un modesto empleado, es obra más penosa de lo que se sospecha, y lo otro, porque en medio de su inquietud abrigaba Filiberti una esperanza que le incitaba a permanecer en el pueblo y que merece ser tenida muy en cuenta para la mejor comprensión de la desesperada actitud final de nuestro hombre.

Era, pues, el caso que, por una superstición muy natural, hallándose Filiberti convencido de que una noche tenía que ser asaltado, estaba seguro al mismo tiempo de que no sería asaltado más que una vez, pues el acontecimiento era bastante grave como para suponer que no se repetiría. Deseaba, por consiguiente, pasar el mal trago cuanto más antes. Luego, podría dormir tranquilo.

Por la esperanza, pues, de que el hecho no se repetiría, se quedaba en el pueblo, en otros aspectos grato; pero, a la vez, por el deseo de que el hecho no lo tomase desprevenido y ocurriese pronto, vivía impaciente, y he aquí que su esperanza era su sostén y su tormento.

Así, cuando un ruido nocturno más fuerte y más extraño que los de costumbre le obligaba a levantarse presuroso y a correr hacia el zaguán, sentía como una amarga decepción al ver que no era nada. Habría querido encontrarse con los ladrones, porque estaba alerta y habría podido correrlos.

—No, si está visto—pensaba lleno de pesadumbre mientras se volvía al lecho;—vendrán una noche que me quede dormido y harán lo que quieran con todos nosotros.

Para que no lo sorprendiesen, no tenía más que un recurso: no dormir nunca; y el hombre llegó literalmente a pasarse las noches en vela, de lo que iba quedándose flaco, pálido y de un insoportable malhumor.

Toda la noche estaba sintiendo tiros de otros lados. ¡Qué ensañamiento el de los ladrones! ¡Irse a robar a otras casas y dejar la suya para el último, para Dios sabía cuándo!... De todo corazón envidiaba a aquellos felices vecinos que ya habían pasado el mal momento.

Al cabo de unos seis meses, agobiado por la falta de reposo y por las angustias de la larga espera, había tomado fuertemente el sueño una noche cuando lo despertaron unos pasos en la pieza de los chicos.

—¡Ahí están!—gritó, al tiempo que se tiraba de la cama al suelo y empuñaba el revólver.

Iba a echar a correr hacia la habitación de donde había oído los pasos, paredaña de la suya y comunicada por una puerta sin batiente; pero en eso pensó que, como todo estaba a oscuras, los ladrones podrían hallarse agazapados y sorprenderle al avanzar, dejándole sin defensa. Mejor sería, pues, adelantarse con precaución y evitar que por la espalda le dier n un golpe que le quitase el conocimiento, o le hiciesen una zancadilla que diese con él en tierra.

La esposa, que no dormía más tranquila que él, porque lo notaba receloso, se despabiló también, se incorporó en el lecho y preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Chist!...—musitó Filiberti al instante, sin volverse y haciendo ademanes de silencio que, desde luego, ella no veía.

Filiberti avanzó dos pasos con la mayor cautela imaginable. No se oía su pisada. En cambio, los latidos de su corazón, como puñetazos en el pecho, habían podido oírse desde lejos. De la pieza de al lado, tampoco se percibía el menor ruido.

—¡Se habrán quedado quietos a lo que me sintieron gritar y levantarme! —pensaba Filiberti, y daba otra pisada de pluma.

No sólo sentía los golpes del corazón en el pecho: en las sienes parecía que alguien luchase titánicamente por romper la piel desde dentro y salir.

Estaba ya en la puerta, como en la boca de una cueva negra. El ruido seco de una pisada que no era la suya, lo hizo estremecerse.

—¡Ahora!

Pero era su mujer que se levantaba. Iba a increparla por la impertinencia. Se contuvo porque seguramente estaba ya más cerca de los ladrones que de ella y podrían oírle.

—¡Ah, miserables! Están aquí y pensarán escaparse; pero de aquí no sale uno vivo.

Sin embargo, ¿qué hacer? No solamente tenía que precaverse contra la sorpresa, sino que también debía cuidarse de tirar a uno de los chicos. ¿Qué hacer, entonces?

Con alargar un poco el brazo, sin salir de la puerta, podía alcanzar la llave de la luz; pero encender luz en una habitación oscura cuando se está seguro de encontrarse frente a frente con un malhechor o con un fantasma, hay que pensarlo mucho. Encender la luz, es una decisión final y debe esperarse todo.

La mujer se le acercó, y él le echó un furioso manotón al vientre que hizo lanzar un ahogado suspiro a la pobre. Como no podía hablarla, la quería estrujar. ¿Para qué se acercaba? ¿Para servir de estorbo?

Bueno, aquella situación no podía continuar. Los ladrones seguían quietos y mudos, y a él no le convenía adelantarse tampoco. ¡Pim, pom! Oyó unos disparos, vió humo, sintió olor a pólvora, contempló a un hombre que, de cara a él, se llevaba las manos al pecho, levantaba la cabeza y se desplomaba para atrás, se le nubló la vista... y prendió la luz maquinalmente.

En la pieza de los chicos no había más que las dos camitas frégoli, una cómoda vieja, dos sillas de paja y algunos trastos y ropas por el suelo. Las criaturas dormían a pierna tendida.

—Pero ¿qué era?—preguntó la mujer, que, a pesar del manotón recibido, no se había resignado a volverse a la cama.

Filiberti, sin responder, se acercó a las camas, alzó la ropa por los costados y miró debajo.

—Nada—dijo por fin.—Me pareció oír a alguien.

Y se fué a su pieza, en tanto la mujer arreglaba las cobijas de los niños.

—¡Si será mala suerte!—pensaba Filiberti, de nuevo en el lecho con su esposa.—Pasó al fin el mal rato... ¡Y no me sirve de nada!

Evidentemente, era como para desesperarse. Sin embargo, consiguió tomar el sueño otra vez.

No sabría cuánto llevaba durmiendo, cuando volvió a despertar sobresaltado. ¡Habían abierto la puerta cancel, y por ella penetraba hasta la pieza una franja de luz tenue!

¡Ahora sí! Pegó un brinco de la cama, tomó el revólver y se abalanzó sobre la puerta del zaguán. Estaba cerrada, lo que le hizo detenerse un segundo; pero, ciego ya de desesperación, no aguardó más y, abriendo con estrépito la puerta, salió corriendo al jardín y empezó a tirar tiros contra el cerco hasta descargar el arma.

—¡Qué vengan de una vez los ladrones!—exclamó, y todavía siguió recorriendo a grandes trancos todo el jardín.

Los ladridos del perro, que acudió a los disparos, y los gritos de su esposa, también en el jardín y detrás de él, lo volvieron en sí.

—¡Filiberti, Filiberti! Pero ¿qué pasa?—gritaba la esposa, y el perro los chumbaba a los dos, desconociéndolos por verlos en paños menores.

Filiberti se detuvo. Cuando la esposa se llegó hasta él, toda azorada, tiró con rabia el revólver y echó a andar cabizbajo hacia la pieza.

Amanecía, y la luz pálida del amanecer era lo que Filiberti había visto por la puerta cancel al despertarse.

Ya no se volvieron a acostar. Mientras se vestían, la esposa, que había comprendido todo y quería justificarlo, dijo:

—Mirá, yo creo que lo mejor es que nos cambiemos.

Filiberti continuó mudo, pero aquel mismo día se puso a buscar pieza en la capital.

—Parece que anoche anduvieron con los ladrones—dijo muy temprano a la esposa de Filiberti la primera vecina que la encontró.

—Sí... quisieron entrar...—respondió ella sonrojada.

—¿Ha visto?—insistió la otra.—¡Y su marido que no creía en los ladrones!

José GABRIEL.

Dib. de Martínez Jerez.

EL ARTE Y EL INGENIO AL SERVICIO DE LA "RECLAME"



I. Medio de que se valen los fabricantes de corsés para demostrar la autenticidad de las ballenas que utilizan.



II. El fabricante de tejidos de lana que vende su mercadería del merino al consumidor.



III. El ingenioso zapatero coloca entre las suelas una chicharra de su invención para que los botines chirríen siempre como si fueran nuevos.



IV. Excelente comprobación de la impermeabilidad del impermeable, adoptado por un "tailor" moderno.

Página amena



—¿Ya has leído el libro que te regalé?
—No, porque mamá sólo me deja leer cuando tengo las manos limpias.



—Los esposos con características opuestas son los más felices.
—Por eso ando buscando una joven con mucho dinero para casarme con ella.



—Mira, papito, Enrique está tratando de bajar tu sombrero a pedradas, pero yo le embromé porque clavé el sombrero al palo.



—¿No es usted el hombre a quien di un pedazo de torta hace tres semanas?
—Sí, señora... y recién hoy me dieron de alta en el hospital.



—¿Puede castigarse a una persona que no ha hecho nada, señor maestro?
—Por cierto que no.
—Bueno, yo no he hecho mis deberes.



—A mi mujer le ha dado ahora por hablar con los espíritus.
—Se aburrirá con tu conversación.



—Fulánez es tan incrédulo que si le diesen una puñalada por la espalda, no lo creería hasta no ver la herida.



—¿Encuentra usted que el papel de la pared está sucio, señor? En ese caso se puede pegar otro papel encima.
—¿Para que resulte más chica la pieza? ¡De ningún modo!



—¡Vaya un desorden! ¿Es tán de mudanza?
—No, es que acabo de atender a una señora... que compró un paquete de alfileres.



—Aquí venden un chancho, ¿verdad?
—Sí, señor. Papá, aquí hay un señor que quiere verte.



—¿Qué horas son esas de venir? Si no me equivoco, el reloj acaba de dar las tres...
—Te equivocas, querida; iba a dar las once, pero yo lo paré al dar las tres campanadas para que no te despertara.



—¿Tiene usted valor?
—¡Ya lo creo! Una vez estuve a dos metros de un tigre.
—¿Dónde?
—En el Zoo.



—Se ve que está usted acostumbrado a sacudir alfombras.
—Es la primera vez, señora, que hago este trabajo..., pero he sido maestro de escuela.



—¿Cómo murió Pérez?
—Probando un salvavidas.



—Mi abuelo es centenario.
—Pues el mío es millonario.



—Ya sabes, hijo: en casa, basta con una cucharada de azúcar para tu café... pero aquí estamos en un restaurant y puedes servirte cuanto quieras.



—¡Vive Dios! Ahora que me he cortado la barba, no me hubiera reconocido si no es por la voz.



—¿Es usted, quizá, el hermano de Antenor Sánchez?
—Soy Antenor Sánchez, sargento.
—¡Ah! Ahora me explico el gran parecido que tiene con éste.



—¿Trabaja usted ahora?
—Sí, con el cerebro.
—¿De quién?



—Has hecho bien en matar esta liebre hoy... porque ya está un poco pasada.



—Se me perdió el perro esta mañana.
—¿Por qué no pones un aviso en el diario?
—Sería inútil: no sabe leer.



—Dice en este diario que un famoso violinista que acaba de morir se hizo enterrar con su violín.
—¡Figúrate si en lugar de violinista llega a ser un pianista!...



—Me dicen las cartas que usted será víctima de un robo.
—Ya lo he sido... cuando me cobró usted la consulta.

El problema de la instrucción pública en las campañas

Una de las dificultades para difundir la instrucción primaria en las campañas, es la diseminación de la población. Los alumnos están dispersados dentro de un gran radio. Hay que establecer pequeñas escuelas para pocos alumnos, pequeñas escuelas rurales cuya enseñanza es insuficiente, que en conjunto resultan costosas y que no resuelven el problema. ¿Cómo resolverlo, pues? Quizá instalando una buena escuela en un lugar estratégico, y dotándola de ómnibus automóviles para traer y llevar a los alumnos.

La idea no es nueva ni original. Esto existe ya en los Estados Unidos. Los alumnos de las pequeñas escuelas rurales, dice un periódico norteamericano que tenemos a la vista, han sentido siempre la atracción de las escuelas más grandes y mejor dotadas de las ciudades cercanas, y lo único que ha contribuído a mantener esas pequeñas escuelas ha sido la falta de medios de transporte que facilitaran el viaje a la ciudad. Reconociendo las ventajas de extender la influencia de las escuelas de los pueblos mayores a las aldeas cercanas, los consejos de instrucción pública han implantado servicios regulares de autobuses que parten de la ciudad por la mañana y en un viaje de circunvalación recogen a los niños que viven en los lugares situados en su ruta, conduciéndolos a las escuelas urbanas. Por la tarde, al terminar las clases, proceden a conducirlos a sus casas.

No sólo esto. En las comarcas muy alejadas de los centros urbanos, o donde no hay pueblos de bastante importancia, se han edificado escuelas centrales situadas en los puntos donde sean accesibles al mayor número de alumnos, estableciendo a la vez un sistema de autobuses para transportarlos.

¿Los resultados? ¡Prodigiosos! Hasta hace muy poco tiempo existían en los Estados Unidos 225.000 escuelas rurales con una sola aula, pero gracias a los autobuses ha sido posible refundirlas en 13.000 grandes escuelas centrales.

En nuestro país, el estado de los caminos no permitiría dar a este sistema toda su amplitud. Pero sería posible implantarlo parcialmente allí donde los caminos lo permitiesen, e ir desarrollándolo a medida que los caminos mejorasen o que otros nuevos se abriesen. Lo que con ello se economizase permitiría establecer escuelas rurales donde hiciesen falta y no pudiesen ser reemplazadas por escuelas centrales con servicio de autobuses.

Necesitamos buscar por todos los medios la solución del problema de la instrucción primaria en las campañas argentinas, y acostumbrarse a la idea de salir de los caminos trillados cuando esto pueda ser ventajoso. Si en un punto cualquiera las condiciones de vialidad permitiesen establecer una escuela central, pero el radio de dispersión del alumnado fuese demasiado grande, lo cual, entre las horas de clase y el viaje obligaría a los alumnos a estar demasiado tiempo sin comer, cabe preguntarse si la escuela no podría, según el caso, darle almuerzo o merienda, o las dos cosas. Si de todas maneras resultase más económico que las escuelas rurales, o al mismo precio, fuera mejor dárselo.

Tratándose de la difusión de la escuela, no conviene esclavizarse a ningún sistema rígido, y al contrario, hay que explorar las facilidades que puedan ofrecer los nuevos recursos de la época. Hace veinte años no hubiéramos podido pensar en escuelas centrales de campaña servidas por autobuses. Hoy, ya podemos. Si en un caso particular se presenta una dificultad, tal vez pueda salvarse introduciendo alguna modificación en las cosas.

Rara será la vez en que no haya un medio para resolver el caso. Si la comarca es demasiado dilatada, si los alumnos están demasiado diseminados, ¿no podrían establecerse, en lugar de una, dos escuelas centrales, que funcionasen alternativamente, una los lunes, miércoles y viernes, otra los martes, jueves y sábados? Pues es mejor que el alumno vaya a la escuela tres veces por semana, que no que no vaya ninguna. Los deberes que se le diesen para hacer en casa podrían subsanar en parte la deficiencia. Por lo demás, una escuela viajera montada en un automóvil podría resolver el problema más extremo de que hablamos, instalándose por la mañana en un punto y por la tarde en otro, fuese todos los días, fuese día por medio, caso en el cual la escuela tendría cuatro ubicaciones distintas.

Pero no decimos estas cosas sino por vía de ejemplo. Lo que queremos significar es que siempre hay una manera más o menos satisfactoria de resolver el problema de la escuela en cualquiera que sea el caso particular. Lo único que se necesita es flexibilidad de espíritu, iniciativa y sentido de economía.

Lentitud de los análisis químicos

Con todo lo que la ciencia química ha adelantado y los rápidos progresos que ha hecho últimamente, el público no puede darse cuenta de lo que es análisis químico, de lo que cuesta, del trabajo que supone y del tiempo que para ello se requiere.

Si se enviase a un químico una lata de sopa de tortuga, por ejemplo, para que analizara todos sus componentes, materia colorante, substancias que lleva para su conservación, etc., la mayor parte de las personas creerán que sería cosa de tenerlo hecho en veinticuatro horas; pues bien, para hacer tal análisis detenidamente, análisis cualitativo y cuantitativo completo, será necesario que doce químicos se ocuparan de ello exclusivamente durante doce años en un laboratorio bien ocupado, y para obtener el análisis completo y detallado tendrían que emplear muchos hectolitros de la misma sopa.

El mayor templo masónico del mundo

Son los masones del Estado de Nuevo Méjico, quienes lo han erigido, y que constituirá el mayor y más suntuoso de la masonería mundial. Dicho monumento se alza en Santa Fe. Su arquitectura, es de un estilo compuesto que, de lejos, le da un aspecto de mezquita, si no fuera por su falta de minaretes.

Este estilo es el empleado desde hace siglos en la región, estilo que se resiente de la influencia morisca aportada por los españoles.

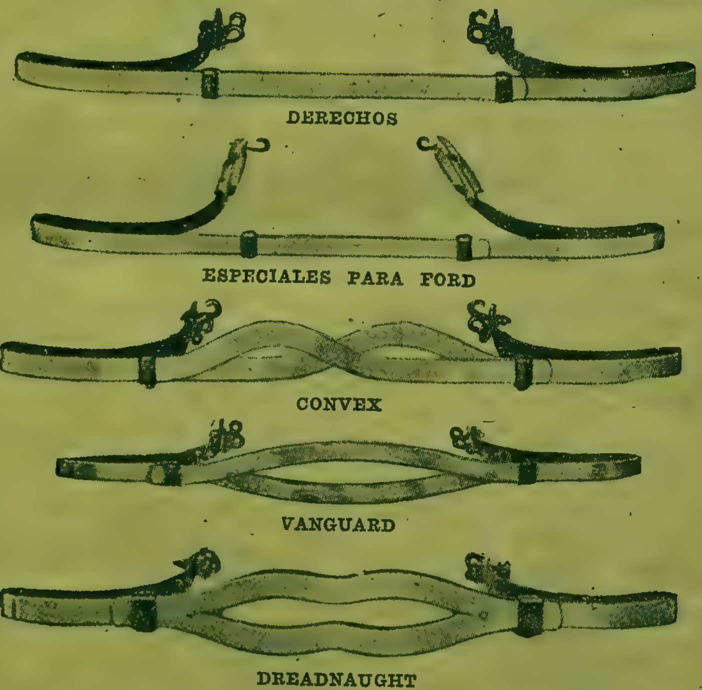
El templo masónico de Santa Fe se halla cubierto de tejas y sus muros son de adobe, esto es, de tierra secada al sol, sistema empleado en los confines de la frontera mejicana.

Sus arquitectos declaran que es de una solidez que reta a los siglos y que durará tanto como los más antiguos monumentos del país.

EL NUEVO RICO



El señor Salomón Schönbein, eminente cambalachero de esta plaza está encantado con la decoración de su nueva residencia.



El final de los campeonatos de Tennis del Río de la Plata



Público que asistió a los partidos finales de los campeonatos de Tennis del Río de la Plata, jugados en las canchas del Buenos Aires Lawn Tennis Club.



La señorita P. W. Boadle y el señor C. Dumas, que resultaron los ganadores del doble de mixtos.



Los trofeos con que fueron premiados los ganadores de las diversas categorías del torneo.



Otro aspecto de las tribunas, durante el desarrollo de los partidos.

Fots. Louzán.

Notas gráficas de arte de la capital y de España



CAPITAL. — Maquette del monumento a Rivadavia, obra del reputado escultor argentino don Rogelio Yrurtia.



CAPITAL. —El presidente de la República, visitando el estudio del insigne artista.



CAPITAL.—El doctor Alvear y sus acompañantes, después de realizada la visita.



MADRID.—La visita de la infanta Isabel a la exposición del pintor argentino señor Benito Quinquela Martín. La ilustre dama rodeada por los artistas argentinos Soto Acebal y Quinquela, el secretario del Círculo, señor Soto Acebal, el pintor Llorens y al escultor Benlliure.

Ecos del aniversario patrio



La carreta tucumana, que circuló en el desfile de rodados, realizado con motivo de las fiestas patrias.



Lechero antiguo, que fué interpretado fielmente, llamando justamente la atención.



El coronel Moscarda, pronunciando su discurso en el festival patriótico realizado en el Instituto del Cáncer.



Parte de los concurrentes a la fiesta criolla realizada en Nuevos Mataderos, en ocasión del aniversario de la independencia.



Durante el reparto de bombones entre los niños vecinos de Nuevos Mataderos.



Señor Hugo Correa, ganador de la carrera de la sortija, uno de los números de la fiesta criolla.

Fots. Louzán.

Celebración del 25 de Mayo en la capital



El primer magistrado y su comitiva saludando al pueblo a la salida de la catedral, después de oficiado el Tedéum.



La cabeza de la columna presidida por el doctor Alvear, el vicepresidente, [illegible] ministros, el cuerpo diplomático y otras personalidades, saliendo de la Casa [illegible]



El regimiento de granaderos a caballo, formado frente a la catedral.



Un aspecto de la Plaza de Mayo, durante la realización de los actos con que se celebró la fiesta patria.



El presidente de la República asistiendo desde los [illegible] de la casa de gobierno al gran desfile cívico.



Otro aspecto de la Plaza de Mayo, cuya afluencia de público da una idea del entusiasmo popular.

Fot. Lonzán.

Notas varias de la capital



El señor Pedernera haciendo uso de la palabra en el acto de la distribución de premios en el cuartel de bomberos. Asistieron al acto el jefe de policía, señor Fernández; el comisario de órdenes, doctor Díaz, y el coronel Graneros.



Bomberos que asistieron al festival realizado con motivo de la distribución de los premios.



Sargento 1.º Victorio Lamas, cabo 2.º Juan Pío Morales y el bombero Pedro Maradona, que fueron los agraciados por sus actos de arrojo realizados en el curso del año ppdo.



El referee y los capitanes de los teams Nacional, de Montevideo, y Huracán, momentos antes de realizarse el match internacional amistoso, llevado a cabo en el field del Club Sportivo Barracas.



Equipo Nacional, de Montevideo, vencedor por 2 a 1.



Team Huracán, perdedor.

Fot. Suñé y Lourán.

Información de interés de Rosario y Montevideo



ROSARIO. — Team Newell's Old Boys, ganador por 1 a 0 del match internacional realizado en su field del Parque Independencia.



ROSARIO. — Componentes del team Nacional, de Montevideo, que resultó vencido por el Newell's Old Boys, tras una interesante lucha.



ROSARIO. — E. Verónna y A. Zampichiatti, ganadores de la carrera de las 6 horas, organizada por el Club Ciclista Rosario.



ROSARIO. — Aspecto del palco oficial, ocupado por la comisión organizadora de la carrera ciclística.

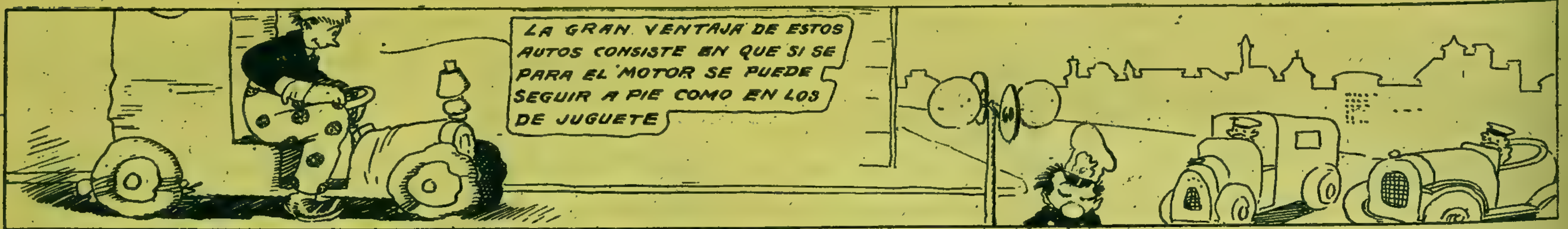


MONTEVIDEO. — Los mecánicos de la Escuela de Aviación Militar desarmando el aparato del capitán Coralio Lacoste, después del accidente que le costó la vida al intrépido piloto.

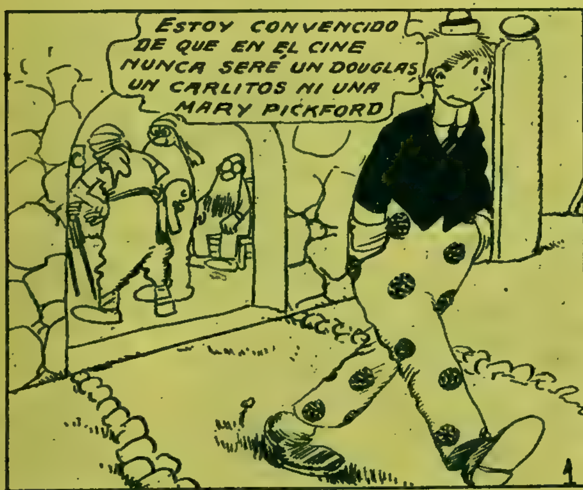


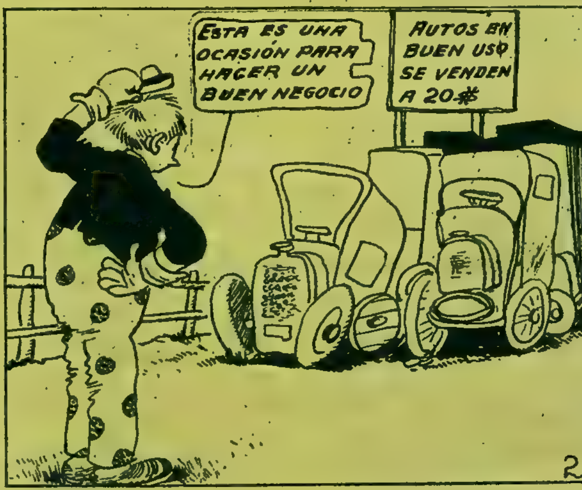
MONTEVIDEO. — El maniquí que reconstruye el cuerpo de la víctima de la Rampla Wilson, que aún no ha sido identificada, vestido con las mismas ropas que llevaba el día de su muerte.

Fot. Martín y Adami.

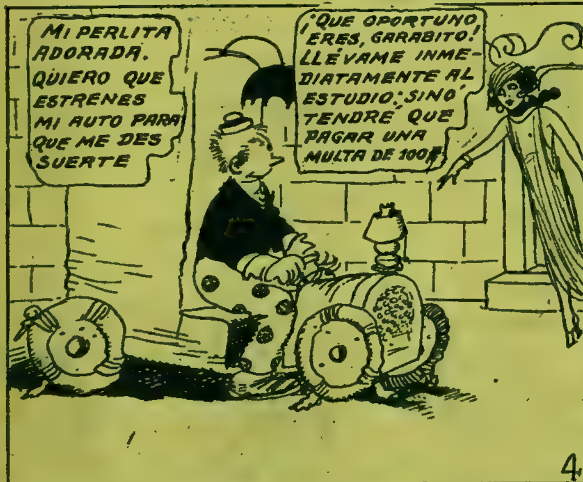


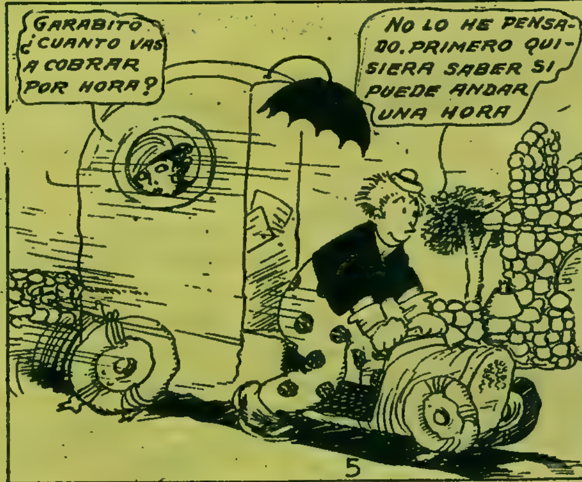
GARABITO RENUNCIA AL CINE

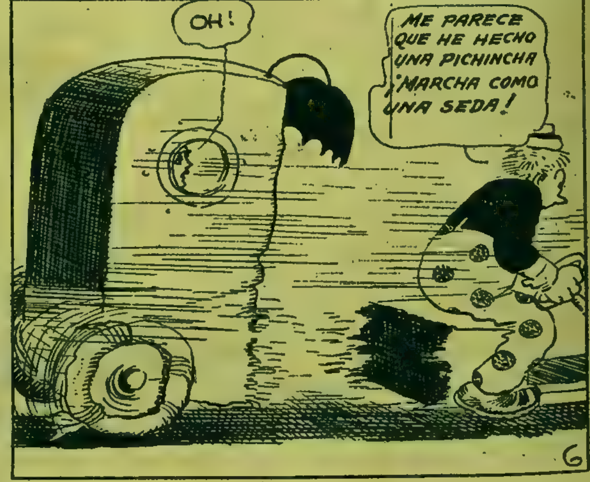


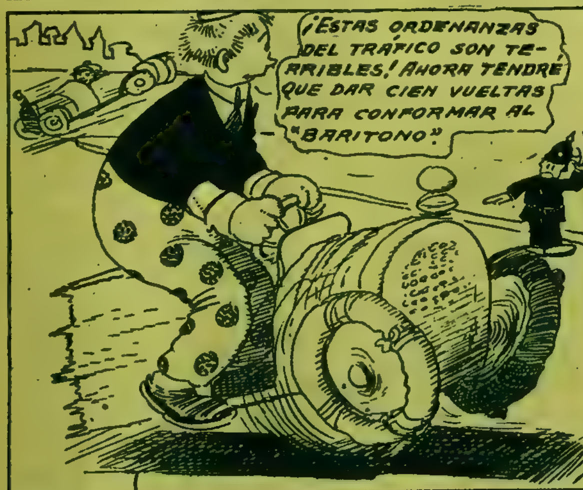


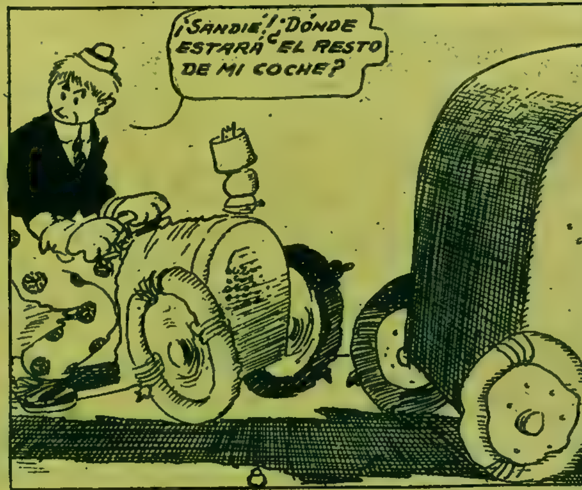


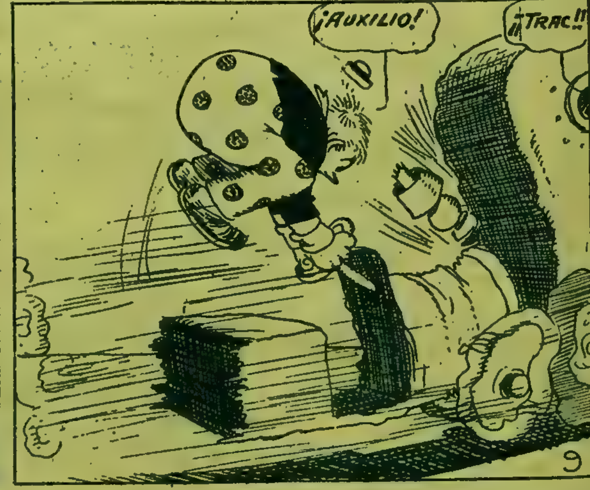


















La poetisa del pueblo

I

Se firmaba Julia de la Piedad, no sabiéndose si era nombre auténtico, o si era, simplemente, nombre literario, un seudónimo más o menos sugestivo con que firmaba sus versos sugerentes, inquietadores, inspirados en el dolor y la miseria de los humildes y caídos en la palestra de la vida. Lo cierto es que el tal nombre corría de boca en boca. Hasta esa gente prosaica que mira los versos con desdén y sonríe compasivamente ante el poeta, había detenido su atención en los versos de la poetisa. Muchos eran los que discutían sus ideas, las atrevidas teorías que sustentaba aquella mujer; mas nadie osaba poner reparos a la belleza emocional que emanaba del corazón de sus versos.

Así fué que el director de "La Revista Social", hombre pedante que, aunque se reía de los poetas, aparentaba siempre ser un hombre inteligente, un pozo de ciencia, y por lo tanto ser el primero en rendir homenaje al genio, llamó cierto día a uno de sus redactores y le espetó la siguiente orden:

—Usted, Caligieri, debe entrevistarse con la poetisa Julia de la Piedad. Le encarezco que sea algo interesante, lo más interesante posible su trabajo. Esa mujer está dando mucho que hablar con su talento. Hay que adelantarse a otros colegas... ¿Entendidos?

—Entendidos, señor director.

II

El tal Caligieri era un muchacho de unos cinco lustros, inteligente y sensitivo, poeta inédito, aunque no por eso menos bueno; pero era lo que él decía: "No, mis versos todavía no merecen ver la luz pública... Más adelante tal vez... Por ahora me concreto a ensayar, nada más que a ensayar, poniendo, eso sí, toda mi vida en ellos". Él había leído dos o tres libros de la celebradísima poetisa. ¡Qué alma noble, qué corazón de oro el de aquella mujer superior que honraba tan brillantemente a su sexo!...

Muchas fueron las veces que él, el poeta inédito, el obscuro redactor de una revista cursi, pero que se leía con exceso, lloró sobre las páginas enternecedoras y hondas de aquellos libros de la poetisa. Y ahora tenía que entrevistarse con ella, estar frente por frente de ella... ¡Oh, emoción del arte, tan intensa a veces como la del amor!...



—Señores, por piedad; yo no soy un ladrón...

III

Caligieri, la noche antes del día de la entrevista, leyó con el alma repetidas veces las composiciones poéticas que más le llegaban a su sensibilidad. Tornó a conmoverse su corazón adolescente al influjo de aquellos versos indignados ante el mal, sedientos de justicia, hambrientos de amor y de libertad para todos.

No pudo dormir hasta la madrugada. Había apagado la luz, estaba acostado en su cama de célibe, con las abiertas pupilas clavadas en la noche que llenaba la estancia, y aún le danzaban en la mente sobreexcitada los versos dramáticos de aquella alma que se dijera nacida para descubrir todos los secretos de la poesía.

Se hizo el día. Caligieri se tiró de la cama de un salto. En un periquete estuvo aseado y vestido, y sin pérdida de tiempo, se encaminó a casa de la mujer privilegiada.

Se apeó del democrático tranvía, y a poco andar, Caligieri se encontró frente de un aristocrático palacete, de límpida escalinata de mármol. Caligieri dudó. ¿Le habrían dado bien la dirección? ¿Viviría la poetisa del pueblo en una mansión tan regia como la que tenía ante sus ojos atónitos?

Oprimió el timbre y esperó anhelante. No habría transcurrido medio minuto, cuando apareció una doncella de almidonado uniforme. Caligieri le entregó su tarjeta, y pocos momentos después tornaba la doncella, que le guió a una salita lujosamente presentada.

—Tome usted asiento. La señora vendrá en seguida.

—Gracias.

Cuando hubo desaparecido la doncella, Caligieri empezó a remirar la estancia nimiamente compuesta que le rodeaba.

—¡Caracoles con la poetisa del pueblo!—se decía.—¡Y qué vidita se da! Bueno: después de todo, hace bien, puesto que puede hacerlo... No seré tan estúpido yo como tantos otros que creen por ahí que porque uno es socialista, por ejemplo, debe vender sus propiedades si las tiene y dar sus bie-

(Sigue en la otra página.)

nes a los menesterosos, quedándose uno pobre de solemnidad... Eso es una tontería. Esta señora debe haberse casado con algún mimado de la fortuna, y, claro está, puede darse el gustazo de vivir regiamente. Si yo fuera un periodista vulgar, escribiría una serie de sandeces, diciendo poco más o menos que esta señora que escribe tan indignados versos contra la egoísta sociedad, es una refinada hipócrita, una comedianta de tomo y lomo... Pero como no lo soy, no incurriré en tales insensateces. Por el contrario, diré...

En este punto de sus cavilaciones fué interrumpido Caligieri.

—Haré con usted una excepción—dijo la poetisa apareciendo por fin.

—Se lo agradezco mucho...—tartamudeó el periodista, estrechando la afilada mano que se le tendía.

Luego que tomaron asiento, Caligieri pudo contemplarla a su sabor. La poetisa era fea, feísima como pocas. Era bajita, muy delgada, sin senos ni caderas: insignificante. Los ojos eran de un color indefinido; la nariz, chata; la boca, enorme, con dientes agresivos como los de una loba... ¡Por los clavos de Cristo, y esta era la poetisa que componía tan bellísimos versos!...

Prontamente, no obstante, Caligieri se hizo esta filosofía: "Casi todos los seres feos, feísimos, tienen un alma hermosa, supremamente hermosa. Los filósofos antiguos se equivocaron al creer que la cara es el espejo del alma"...

—Sí, señora; "La Revista Social" se verá honrada estampando su nombre. Quisiéramos algunas de sus fotografías en distintas épocas de su vida. Además, algunos datos biográficos. Estas son las órdenes de mi director, y espero, señora, que complacerá nuestro deseo... que es el de miles y miles de lectores...

La poetisa se transfiguró: los ojos le bailaban una danza de alegría, la boca se hacía sonriente, dulce como la miel.

Con falsa modestia, habló:

—¡Oh! Esto es mucho honor para mí... Yo, una escritora de escaso nombre...

El periodista dijo las palabras de cajón en estos casos. Dijo que ella merecía eso y mucho más; que era una gloria de la América Latina, y tal vez de Europa misma... Ahí estaban sus libros que lo decían bien alto, sin que viniera ningún minúsculo revistero a decirlo ahora...

Empero, el periodista se iba desencantando más y más, a medida que avanzaba la entrevista. ¡Qué plancha de vulgaridad, qué gazmoñería, qué conceptos sin consistencia los de aquella mujer que él creía superior!...

Cuando ya se disponía a decir las sacramentales palabras de despedida, llegó hasta la confortable sala un murmullo, algo así como si dos personas discutieran acaloradamente, pero que las voces llegaran sofocadas por la distancia.

La poetisa arrugó repentinamente el ceño, se incorporó como un resorte, y no sin antes pedir ceremoniosa licencia, se retiró por la puerta que tenía acceso con el patio. El murmullo creció casi de inmediato que hubo desaparecido la poetisa. Las voces llegaban más claras, hiriendo los oídos y aguzando la curiosidad. Dominado por ésta, Caligieri se aproximó a la puerta por donde entraban las voces, y venciendo un resto de mal contenido escrúpulo, asomó la cabeza al exterior. Vió a la poetisa de espaldas y a la doncella de marras, que estaba en la misma posición; a su frente, dándoles la cara, un miserable, un mendigo quizá, que hablaba con voz tartajeante, discutía con las mujeres.

—¡No, señora! Yo no he venido a robar... Yo soy una persona pobre, pero honrada... ¡eso sí!

—¿Por qué se ha entrado usted entonces hasta aquí?

—Señora, vi la puerta abierta y subí golpeando las manos, aunque también toqué varias veces el timbre; pero nadie venía... Con que ya ve usted. Soy un pobre diablo, tengo hambre y vengo a pedirle un pedazo de pan...

La poetisa del pueblo estaba hecha una fiera. No concebía que aquel pobre hombre fuera un mendigo, sino un redomado ladrón, de esos que fingen implorar la caridad. No tenía ojos para ver la figura inconfundible del menesteroso.

—Márchese usted inmediatamente, antes que haga llamar a un agente y duerma usted esta noche en la comisaría. ¡Miserable! ¡Bandido! ¡Aprovecharse sabiendo que a esta hora quedamos dos mujeres solas!...

El mendigo clamaba:

—Señora, por piedad: yo no soy un ladrón... ¡Tenga usted mucho cuidado con lo que dice!

Esto le pareció a la poetisa una amenaza espantosa y ordenó furiosa a su sirvienta que lo arrojara violentamente a la calle. La sirvienta, con



una energía de marimacho, agarró al mendigo de un brazo e intentó zamarrearlo. Entonces fué que se rebeló el pordiosero y rugió:

—¡Mujer sin alma! Yo no soy lo que te piensas. ¡Esclava!... Yo me iré, yo me iré... ¡Pero no me toques siquiera!

La mujerona, herida en el amor propio, le dió tal empellón, que el mendigo rodó por la escalinata, lastimándose en la cara. Pálida como una tísica se puso la fámula ante su obra brutal.

—¡Señora, se ha lastimado, se ha hecho sangre!...

La poetisa, lejos de conmoverse, parece que se hizo más empedernida, porque replicó:

—¡Vamos, pronto, arrástralo a la calle y déjalo en la vereda!

Titubeó la doméstica sin entrañas. No era compasión, sino miedo lo que experimentaba. Julia de la Piedad, entonces, la poetisa del pueblo, la de los libros de versos que clamaban contra las injusticias sociales, instó nuevamente a la doncella a que arrastrara al miserable, y viéndola irresoluta todavía, dijo en forma imperativa:

—¡Vamos, mujer, que puede pasar alguien por la calle! Entre las dos lo sacamos fuera... y que Dios le ayude.

Así lo hicieron, y después cerraron herméticamente la puerta. Fuera quedaba tendido el menesteroso... el ladrón, según la inefable poetisa.

Caligieri había asistido a la escena cruel conteniéndose a duras penas. ¡Oh, su poetisa del alma, cuánto mal le había hecho con esa acción abominable!... Tentado estuvo de precipitarse y arrancar de las garras de aquellas dos harpías aquel despojo humano... Mas pensó que estaba en casa ajena, que era un extraño allí y tenía que sofocar todo conato de rebeldía.

Cuando vió que arrojaron, como una bolsa de trapos viejos, al vencido de la vida, se metió instintivamente en la sala y tornó a sentarse. Quería hacer ver a la poetisa, cuando volviera, que no se había enterado de nada. Tomó una revista y se puso a hojearla, fingiendo una complacencia que ni por asomo sentía.

Entró Julia de la Piedad disimulando magistralmente su turbación.

Sonriente, dijo:

—¡Qué atención la mía, ¿eh? ¿Qué pensará usted de mí?

—¡Oh, nada malo, señora, nada malo!...

—Estas sirvientas inútiles que no saben hacer nada más que discutir y pelearse como mujerzuelas.

El periodista estaba maravillado del arte con que fingía aquella mujer. ¡Era una artista del embuste!

Algunas palabras de cajón más y el periodista se retiró.

Retornando, en el tranvía, Caligieri pensaba: "¡Qué desilusión! Más me valiera no haber conocido nunca a esta bruja despreciable. ¿Por qué la realidad siempre se apresura a desbaratar nuestros castillos iluminados de ensueños? ¿Por qué?"

IV

Llegó a la redacción. Febrilmente escribió la entrevista con la poetisa. ¡Era muy amable, muy elogiosa, con mucho incienso toda ella!

¡Cómo había de ser! El comía de lo que ganaba con su pluma mercenaria, y no solamente él, sino su madrecita. ¿Cómo romper, entonces, esa pluma falsa? ¿Cómo decir al señor director que él no podía elogiar a quien se merecía la censura más cruel?... ¡Oh, vida, qué despótica eres con los que más te adoran!...

Por la noche Caligieri no pudo dormir. Tenía la conciencia turbada de tal manera, que se diría estaba expiando la pena de un delito, de un crimen que nunca pudiera confesarse.

LÓPEZ DE MOLINA.

Dib. de Blondini.

Otro aspecto del problema de la vivienda

El teatro más grande del mundo era, según dicen, el Hippodrome de Nueva York. Este teatro ha sido condenado a muerte y ejecutado. El domingo 29 de abril cayó por última vez el telón en el escenario. ¡Cuán poco ha durado ese teatro, no obstante ser el mayor del mundo!, exclamarán los que conozcan la fecha de su inauguración. Pues el Hippodrome no tenía más que 18 primaveras. Databa sólo de 1905. ¿Habría sido mal construído el edificio, y ya no ofrecería al público la debida seguridad? Porque, sino, parece que no se explica. Sin embargo, se explica de otro modo, y se explica muy bien. En los 18 años transcurridos el terreno se ha valorizado mucho, y el alquiler del teatro ya no correspondía al valor del inmueble. ¿Elevarlo, entonces? Pero si lo elevaban, y continuasen elevándolo proporcionalmente a la valorización del inmueble, a la empresa no le convendría el negocio. Era necesario, pues, dar al inmueble un destino más productivo. Se eliminaría el teatro, y se le destinaría a otro objeto, ya reformando el edificio, ya reedificando el terreno. ¡Qué lástima, suprimir aquel teatro! Pero qué buen sentido mercantil el suprimirlo!

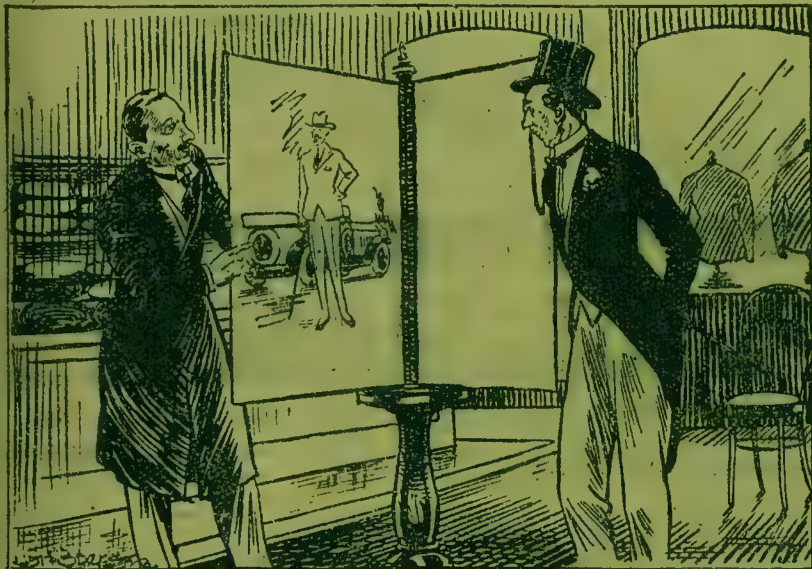
Después de conocer la noticia, en sí misma sin importancia para Buenos Aires, íbamos por una de nuestras calles más céntricas y concurridas. A cada pocos pasos, un edificio de un solo piso. Viejos edificios de los tiempos de la guerra del Paraguay, más antiguos quizá, ocupados por fondas italianas, por cigarrerías, por ventas de libros y otros pequeños negocios de pequeño capital, que sólo pueden pagar pocos cientos de pesos de alquiler. Nos dijimos: "Si los propietarios de estos edificios fueran los del Hippodrome de Nueva York, hace muchos años que hubieran pensado que la renta del inmueble ya no correspondía al valor del suelo; hace muchos años que lo hubieran demolido para construir en su lugar grandes edificios de varios pisos, y quizá a estas horas meditasen demoler también a esos para dar lugar a otros más productivos, pues es claro que entonces el valor del terreno sería ya mucho más considerable que lo que es."

He aquí una cuestión estrechamente vinculada al problema de la vivienda. ¿Por qué no demuelen esos edificios y levantan otros de diez, quince, veinte veces más capacidad, susceptibles de producir una renta diez, quince, veinte veces mayor, seguramente más, porque también podrían ser alquilados a negocios más importantes y a inquilinos más ricos? Los materiales son caros, la mano de obra es cara. Es verdad. Pero ¿están debidamente echados los cálculos? ¿Es posible que los alquileres de esos edificios cubran la renta del suelo? ¿Es, siquiera, verosímil? Además, ¿por qué no emprendieron la obra cuando los materiales no eran caros y la mano de obra tampoco lo era, siendo así que ya entonces el alquiler no correspondía al valor del terreno?

Ignoramos si los propietarios del Hippodrome de Nueva York y los empresarios del teatro serán una misma empresa. Pero, aunque lo fuesen, tenga la seguridad el lector de que lo mismo hubieran dado al inmueble otro destino. Si el rendimiento del teatro, después de cubrir la renta del inmueble, el negocio es insuficiente. El inmueble debe dar su renta. El teatro puede construirse o instalarse en otra parte, o el capital invertirse en otro negocio. Pero entre nosotros se hubieran hecho esta absurda cuenta que se hacen muchos: "¡No tenemos que pagar alquiler!" No tienen que pagarlo, pero ¿dónde queda la renta del inmueble?

Si entre nosotros hay un problema de la vivienda, también se debe a la falta de sentido mercantil de los propietarios. No sólo viejos edificios de un solo piso. ¡Hasta grandes terrenos baldíos! Sin embargo, los propietarios son gentes ricas, con amplio crédito en los bancos, y hay en las arcas de estos últimos inmensos capitales inmovilizados. Suelen quejarse de la poca renta que perciben por un inmueble tasado en tanto y cuanto. Pero ¿qué renta quieren percibir, si no explotan el terreno construyendo el edificio digno de él? En realidad, no tienen razón en quejarse, porque la renta del inmueble es exorbitante comparada con el valor del mismo en la fecha de su construcción o del último traspaso. Desde entonces el capital ha sido cubierto quién sabe cuántas veces. Lo único que pueden decir es que la renta del inmueble no corresponde al valor del suelo. Pero los culpables son ellos, que no edifican.

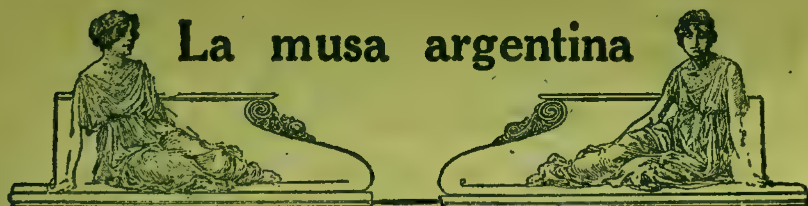
CON EL "AUTO" NO SERIA CARO



El "tailor" (enseñando sus figurines).—Sí, señor, si le agradara a usted este modelo estilo inglés, se lo podría hacer por trescientos pesos.
El cliente.—Supongo que en ese precio va incluído el automóvil.

Por qué firman con "X" los que no saben escribir. El firmar con una cruz se practicó al principio entre los cristianos para diferenciarse de los paganos. Los reyes y los nobles, en tiempos antiguos, usaban la cruz, aún cuando supieran escribir, como símbolo de que la persona que lo hacía garantía bajo su fe de cristiano la verdad del asunto a cuyo pie ponía esa señal.

La musa argentina



CON EL DIABLO A ESPALDAS

Yo que jamás el miedo conocí
ni que tal cosa hubiera sospeché,
que de duendes y brujas me burlé
y hasta del mismo infierno me reí.
Yo que nunca al demonio le temí
y sus viles astucias desprecié,
y que no hubiera nada imaginé
que debiera imponerse sobre mí.
Una vez que dinero me faltó
—fuese por vicio o por necesidad—
un prestamista avaro me lo dió,
y desde entonces: ¡oh fatalidad!
encima del cogote se montó
y aquí lo llevaré a la eternidad!

MELITÓN DELGADO.

EL MESÍAS

¡No! No era un hombre *Aquel*, que al [mundo vino
con grandeza sin par... humildemente;
con nimbos celestiales en la frente,
prodigios de virtud en el camino!

No era hombre aquel raro peregrino...
que al más vil perdonaba dulcemente:
¡manantial de ternuras, clara fuente
de pureza, bondad y amor divino!

¡Inefable *Ideal* de la Existencia!
¡Alma portento, singular belleza!
Jamás ningún filósofo profundo
le igualó en corazón, gloria ni ciencia...
Si entre el asno y el buey su estela [empieza

Vicisitudes

Esta mañana he cambiado de casa. La pieza que hasta ayer ocupaba en la casucha de Belgrano, debí abandonarla por habérmela pedido el casero para instalar en ella el gallinero. Y como me tengo por bien educado, aprestéme a hacerlo, para que mis sucesoras las del bello sexo, no dijesen luego que soy un obstinado y un terco. Heme alzado, pues, con mis bártulos, y aquí estoy, ubicado en este simpatiquísimo cuarto de la más linda casita de Vicente López.

Lástima que corra con ella ese individuo... Un señor de aspecto repulsivo. Alto. Flaco. Tiene un par de ojos estilo nipón, cubiertos por unos lentes que ya deben estar cansados de su larga montadura en las respetables—por lo grandes—narices de mi imbécil nuevo casero. Una boca tremenda coronada por dos labios apagados, en cuya cavidad hay dos filas de dientes amarillentos incompletas, como las filas de un ejército cuyos soldados van desertando poco a poco. ¿Y las piernas? ¡Oh, Señor, que piernas más estúpidas! Forma convexa. Huesudas. Parece que no fueran de acuerdo entre sí a pesar de ser gemelas, pues siempre la derecha va desacompasada con la izquierda, lo que hace que cuando están en juego, el todo de mi repelente "panegiricado" se balancee poco más o menos como un barril cargado sobre un carro que marcha por una calle desnivelada. Su voz es chillona y mortificante. Y sus ojos chiquitos que se clavan en los ojos de uno y se entrecierran... ¡Ah, qué odio!

Ese hombre es el amargo de mi buena y confortable ubicación. ¡Bien lo supuse yo al tratar la locación de mi cuarto! ¡Bien me lo previno mi amigo Américo al darme el dato de la factibilidad de ese arrendamiento!

—Bueno, en fin—me digo para mis adentros—Vamos a tratar de borronear unas cuartillas y dejemos en paz a ese hombre que, al fin de cuentas, nada nos ha hecho. A ese condenado e insípido hombre. Y pasando a los hechos abandono mis anteriores reflexiones, enciendo la luz de la lamparita que da sobre mi modestísima mesita, y procedo, pluma en mano, a la búsqueda de alguna pavada o recuerdo que exprimir.

Embargado tenía mi pensamiento en esa intención, cuando de pronto siento una voz de mujer. Una vocecita suave, cálida, llena de ternura y encanto.

—¡Papá!

¡Cómo! Sin poder substraerme a la tentación, me levanto mecánicamente y saco la cabeza por la ventanita que perfora una de las paredes de mi pieza. Creo estar soñando. Allí, abajo, en el patio, con una taza de café en la diestra y una canastilla de flores en la siniestra, hay una mujer que no es mujer. Aquello es un ángel, y yo siempre he tenido a las mujeres en el concepto de diablos.

—¡Papáaa!

¡Papá! ¡Papá! Luego... ¿Ese viejo repulsivo... ese señor... es el padre de la divina criatura cuya voz halaga mis oídos? No...

—¡Papáaa!

—¡Ya voy, ya voy!

Esa voz la conozco. Es la del inaguantable casero; la del imbécil, es decir, la del caballero que me alquiló la pieza, que en mangas de camisa regresa de los fondos de la casa, adonde probablemente habrá ido a saludar a sus amigos los gansos.

—¿Qué quieres, hija?

¡Ah! Pero entonces no hay duda posible. Ella le ha llamado "papá" y él le ha dicho "hija". Yo no sé, pero al revelárseme todo aquel misterio espontáneo, el viejo me fué menos antipático. Hasta me pareció que tomaba con gracia la taza de café y aspiraba con encanto el aroma de las flores que le alcanzaba aquella divinidad de su hija.

Esta tarde he estado de charla con ella. Se llama Elda. Bonito nombre, ¿verdad? Es una preciosura esa chica. Su estatura es mediana. El cabello—que peina con gracia en dos trenzas—rubio. Los ojos azules de mirar puro. Su nariz es recta y más bien pequeña. Tiene la boca chiquita y unos dientes parejitos y blancos... Estando a su lado se siente un olorcito a jazmín que concuerda con la melodía de su voz y el timbre de su risita inocente que de vez en cuando acaricia mis oídos. Su conjunto es armonioso. Más delgada que gruesa, con sus polleritas cortonas y las extremidades inferiores bien torneadas... Sin ofender a nadie, dificulto que haya chica más bonita. ¡Y pensar que su padre es ese rinoceronte que siempre anda en mangas de camisa!

La chica había oído hablar a su señor papá del alquiler de la piecita de arriba a un joven, pero no sabía nada más... ¡ni siquiera mi nombre! He tenido, pues, que presentarme solo. Nunca me ha dado más rabia llamarme Filemón. Vean que eso de decirle a una chica bonita:—"Filemón Bolognesi, a sus órdenes"... Y, sin embargo, se lo dije así. Mientras iba pronunciando Fi-le-món observaba minuciosamente su semblante. Estaba en la seguridad de que vería dibujada en él una sonrisa de hilaridad, pero aun cuando no me tengo por muy psicólogo, creo que la sonrisa con que acompañó la contestación de: "Gracias. Elda Benítez, de la misma manera", no fué de burla. Fué una sonrisa de... que se yo... Lo cierto es que no la olvidaré jamás.

En el preciso instante en que, a raíz de esa presentación, nuestras manos formaron un lazo, se presentó el padre de ella. Lo miré con furia. En esa mirada mía iba la expresión de un deseo de muerte—para él—a la brevedad posible. Lo confieso. Mas solo por un error pude haberlo hecho. El señor casero, que se llama "Don Francisco",



con la más adorable de las sonrisas, terció:

—¡Ah! Me alegro de que se hayan tratado ustedes. Mi hija es una chica idolatrable, y usted, señor, es una persona gratísima.

¡Persona gratísima!... Cómo me arrepiento de haber vertido mi prematuro juicio sobre la persona de mi buen casero. Es un señor simpático. Simpatiquísimo. ¡Qué mal hacemos a veces en juzgar a la gente sin conocimiento previo de ella! Don Francisco es el mejor de los hombres. Yo lo aprecio. Lo amo...

Elda tiene un primo. Es un adefesio. No me explico como pueden caber tantas variaciones en una misma familia. Hoy ha venido a visitar a ella y su padre en el momento en que éste estaba en el fondo entre sus animales de corral, y yo charlando con la simpática Elda. Usa una galera que debe haberla heredado de algún abuelo más sesudo que él, pues está tan introducida en su mollera que las grandes orejas de asno que Natura le donó, vense siempre empujadas para abajo.

En cambio su traje forma un contraste. El saco entallado hasta la exageración y los pantalones terminados antes de llegar a su fin, dan al muchacho un aspecto de pobreza de carne sin igual, bien que de por sí ya sea flaco.

Vino cargado de paquetes y entre todos ellos un ramo de flores. Lo he mirado con asombro. Es un ejemplar digno de ser entregado al señor Onelli. Elda al verlo entrar, ha corrido a su encuentro. Estábamos hablando de filosofía y me dejó plantado en el mismísimo instante en que iba a pronunciar una palabra difícil.

—¡Lesmes! ¡Primito mío!

¡Lesmes! ¡Qué nombre! Ya iba a soltar una carcajada en obsequio a ese rústico denominativo, cuando de pronto me acordé de que el mío era Filemón, y me retuve.

Y acto continuo fueron a buscar a don Francisquito. Al pasar frente a mí, Lesmes me saludó con un movimiento de cabeza tan exagerado que he debido hacer un sacrificio para permanecer serio.

Pensando estaba en la verdad de la doctrina de Darwin, cuando Lesmes volvió acompañado de su tío y su prima.

—Pero... a qué vienes tan cargado!, —le dijo ella observando el abundante bagaje del visitante—Y ya se disponían ella y don Francisco a descargar tanto pertrecho, cuando Lesmes, previendo que de hacerlo aquellos así estropearían su golpe "visitático", comenzó a ofrecer los paquetes ya a su tío, ya a su prima, y siempre acompañando el bello gesto con una frase que si no me equivoco, ha aprendido de memoria.

—Este par de zapatillas caseras, es para usted, querido tío, que me honra con su parentesco. (Don Francisco, callado la boca, recoge el paquete, lo abre y se sonríe, mientras Eldita observa con atención los que quedan).

—Este par de medias de muselina es para ti, bella y tierna primita, que reflejas toda la poesía humana. (Aquí cambian los papeles. Mientras la chica se dedica a su obsequio el padre estudia los de la vanguardia).

—Esta pipa para usted, tío Francisco.

—Esta caja de bombones, recíbela tú, Elda amada, del primo que jamás te olvida.

—Esta prenda de vestir, tío Francisco, lleva mi afecto y se la traigo para que al ponérsela tenga mi afecto muy junto a usted. (Al desenvolver don Francisco este último paquete, creo haber visto una especie de pantalones colorados, con dos tiras en las puntas).

—Y por último, como las flores deben estar entre las flores, y tú, prima mía, eres una de ellas, toma este ramo de congéneres tuyas, que te ofrendo de todo corazón.

Don Francisco dice:—"Gracias, gracias muchacho",—y ella también lo dice, pero con la diferencia de que su padre las da serio y ella con la sonrisita que yo me temía cuando le comuniqué mi nombre.

Ya terminado el reparto y las respectivas dedicatorias, Lesmes extrae del bolsillo derecho de su saco un diminuto pañuelo y con él se suena las narices y luego sécase la frente. Yo ya no puedo más de la risa. Si continúo conteniéndola reventaré. No hay duda. Más... ¡que veo! El insípido y árido, de don Francisco ha tomado una mano del cretino de Lesmes y la ha juntado a otra de mi Elda adorada. Luego se coloca a la retaguardia de ellos y posando su mano derecha en la espalda de Eldita y la izquierda en el lomo del bruto de su primo, los dirige con toda su bestial dulzura hacia adentro. ¡Ah! ¡Ya me explico! Don Francisco quiere casar a su hija con la escuálida figura de Lesmes. Debía habérmelo supuesto. ¡Sí, don Francisco es el animal más animal de la fauna zoológica! Las primeras impresiones nunca engañan y mi primera acerca de ese hipopótamo fué que era un imbécil, un fenómeno. Siento palpitar en mí todo el aborrecimiento... ¡Le detesto! ¡Le odio!

Hoy por la mañana, cuando el estúpido de don Francisco estaba en los fondos entre los suyos — animaluchos inservibles—he podido conversar largamente con Elda. Cada instante que pasa la encuentro más hermosa.

Me dijo que Lesmes es un buen muchacho, pero bastante pavote y que ella se ríe mucho cuando él se le acerca y le balbucea palabras entrecortadas.

Yo creo que ella no es indiferente a mi persona. Paréceme notarlo en sus miradas. Además, ¿a qué vienen esos constantes encuentros conmigo? No, no son casuales. Ella debe, sin duda, originarlos. Bajo "a ordeñar" la canilla de agua corriente que está en el patio, y me hallo con ella. Tomo mi sillita de junco y me ubico en la puerta de mi cuarto, y Elda que está abajo, en la puerta de la cocina, me hace señas para que descienda. ¡Claro que sí! ¡Ella origina los encuentros!

...Y continuamos hablando. Tocamos muchos temas. Hasta que le hablé de amor y le pregunté si tenía novio. Me respondió que no.

—¿Y Lesmes? ¿Su primo Lesmes?

Soltó la risa y en seguida me dijo:

—¿Cree usted que yo colecciono objetos raros?...

¡Ah! ¡Qué alivio!

—¿Y no siente usted, Eldita, simpatía por nadie... por otro?...

Titubeó un minuto. Luego respondió:

—Sí... pero él no me dice nada. Es muy simpático. Lástima que sea un poco "sonso"...

—¿Cómo se llama ese feliz mortal?

—No... no...

—Dígamelo, Eldita, no sea mala. Dígame tan solo la letra inicial del primer nombre...

Se puso colorada. Hizo un remolino y levantando con sus manos de muñeca el delantalcito que con tanta gracia llevaba puesto, satisfizo mi curiosidad, mi justificada curiosidad que, confieso, me tenía en una tensión nerviosa nada común en mí.

—F...—y dando media vuelta se introdujo en la cocina.

Quedé pensativo un rato. F... F... ¡Filemón! ¡Yo me llamo Filemón! Y ella dijo que el de la F bendita es muy simpático pero un poco "sonso". ¡Caray! Que me llamen simpático, vaya y pase, pero "sonso"... jamás lo permitiré. Siguiendo sus huellas yo también me introduje en la cocina y apasionadamente me le declaré. ¡Qué declaración! Lástima que no la recuerde, pues fué muy elocuente. Elda me dijo en seguida que sí. No me pude contener y tomando una de sus bellas trenzas la he besado. Pero, ¡diablos! he aquí que en este momento cae el odioso de don Francisco—siempre en mangas de camisa.—Mira por arriba de sus diminutos lentes y frunciendo el entrecejo ordena a Elda que abandone la cocina.

—Muy bonito, ¿no?

—No. Muy bonita, don Francisco,—le digo yo, convencido de que no miento.

—Y tan bonita que ha logrado despertar en mi virgen corazón un amor que dudo haya podido crear Julieta en Romeo o Eloísa en Abelardo. Elda también me quiere, señor don Francisco, y si los dos nos queremos...

—Falta saber si yo lo quiero,—me interrumpe.

¡Demonios! Con eso no contaba yo. Aquí vino un golpe escénico. Elda, la inteligentísima Elda, que fingió alejarse de la cocina, habíase quedado escuchando cerquita de la puerta, y al ver que su padre no manifestaba abierta aprobación a sus quereres, lanzóse sobre él y abrazándose a su cuello le besó frenéticamente, diciéndole:

—Yo le quiero papá. Filemón es muy buenito. Yo le amo...

—Pero, ¿y Lesmes?—Inquirió el búfalo de don Francisco.

(Sigue en la otra página.)

—¿Qué? Yo siento por él cariño como prima y nada más. ¿Crees acaso que me casaré con un monigote?

A todo esto yo estoy parado sin pronunciar palabra. Probablemente hago un papel triste. Hay que estar enamorado para pasar por lo que paso.

—Ea... ea... tienes razón, hija. Lesmes no es marido para ti. ¿Tú quieres a nuestro buen vecino? Pues, quiérele, que para querer se tiene corazón...—y tomándome la mano derecha, la aprieta con efusión. Eldita me mira dulcemente, amorosamente.

¡Qué lindo cuadro! Hasta encuentro arte en la camisa semi-sucia de don Francisco. ¡Qué hombre más agradable! ¡Tengo ganas de llamarle papá! ¡De besarle! Vuelvo a lo que dije cuando pensé que el padre de Elda es el hombre más encantador de la tierra. ¡Con qué gracia habla y anda. Cómo no va a tener un hombre así una hija tan hermosa!

———

Me casé. Me casé con Elda, por supuesto. Fué certera la flecha de Cupido. Es una mujercita deliciosa. Mas... algo hay que amarga mi existencia. ¿El primo Lesmes? ¡No! Cuando supo de nuestro noviazgo oficial se marchó al campo a olvidar en las rudas labores todos sus pesares. Probablemente a estas horas será cadáver. No. El amargor de mi existencia es otro. Don Francisco. No nos deja tranquilos. En el término de tres meses que llevo de casado, hemos cambiado tres veces de casa. Vamos de extremo a extremo de la capital. De Constitución a Palermo. De Palermo a Parque de los Patricios. Pero todo inútil. Don Francisco, el camello de don Francisco, se nos presenta a toda hora. En el romántico momento de un amoroso beso o en la humana hora del almuerzo. Quítase el saco y en mangas de camisa toca todo, revuelve todo. Hace preguntas infantiles a veces, indiscretas otras. Camina como un paquidermo. ¡Ay de mí! ¡Qué exacta fué mi primera impresión! Ese monstruo es lo último en materia de cargoseo e irritabilidad.

¡Le odio tanto, que juro por el inmenso amor que profeso a mi mujercita, a mi Elda adorada, que cuando ella se muera no habré de casarme jamás con mujeres cuyos padres se llamen Francisco y vayan por la casa en mangas de camisa!

Silvio Horacio TARANTO.

Dib. de Falc.

Vamos a ver...

RECORD



—El patrón dice que si no paga hoy mismo los tres meses que debe, entablará la acción contra usted para que lo desalojen.

—¡Diablo! Tu patrón es demasiado impaciente. Mi casero anterior tuvo paciencia para esperar doce meses.

—¿Y qué consiguió?

—Este... batir el record de la paciencia.

MEDICINA EXCELENTE. — En cierta casa de pensión se descubre que un estudiante, a pesar de estar prohibido, tiene en su pieza un barril de cerveza.

Le piden explicaciones y dice que lo hace por prescripción facultativa.

—¿Y le ha hecho bien?

—Por de pronto me ha dado fuerzas. Al principio, a duras penas podía moverlo; pero ahora, lo llevo de un lado al otro con mucha facilidad.

UN AVISPADO.—Mira, mamá, no quiero que vuelvas a lavarme las orejas.

—¿Por qué, hijo mío?

—Pues porque el maestro me dijo esta mañana que me tiraría de ellas, si no las tuviese tan sucias.

EL AGENTE DE SEGUROS. — Pues, sí, señor, en caso de que falleciera usted por algún accidente, mi compañía le entregaría treinta mil pesos a su viuda. ¡Figúrese usted el alegrón que recibiría con tanto dinero!

UNA VALIENTE

—No sé por qué va a casarse con Gutiérrez, cuando no tiene donde caerse muerto.

—Es que no me caso con él con la esperanza de que se caiga.

UN GUASÓN. — Cierto sujeto se acerca a un pescador de caña que se pasa las horas muertas ante el río.

—Parece que pican—le dice.

—¡Ca, no señor! Ni una vez siquiera.

—¡Cómo que no pican, si se está usted rascando la cabeza desde que llegué!

DISCÍPULO INGENIOSO. — ¿En qué mar se hace más difícil la navegación?

—Este... en el "mar-mol".

BUENA DISCULPA.—Pedrito, me tienes muy descontento; tu maestro me da de ti las peores noticias.

—Bien, papá, pues no lo entiendo; porque no hago nada en la escuela. Hasta cuando me pregunta la lección me estoy calladito.

LAS COSAS CAMBIAN.—¡Ah!—suspira la solterona mortificada.—Antiguamente eran más amables los hombres.

—Sí; pero también eran las mujeres más jóvenes y más bonitas.

DEL MISMO GUSTO. — Ayer se atrevió usted a besar a mi hija, y eso no me gusta.

—Pues no crea, a ella tampoco, porque me pegó un puñetazo en la nariz que me hizo ver las estrellas.

EN EL RESTAURANT.—Mozo, deseo una chuleta a la parrilla; pero démela grande, porque soy muy nervioso y cualquier pequeñez me irrita.

MENOS MAL.—Leemos en un periódico que ha nacido un niño con el cráneo destrozado.

—¡Menos mal! Ese no ha tenido que ir al Colegio Nacional para que se lo destrocen.

ACCIDENTE.—Yo conocí a mi mujer en un accidente ferroviario.

—Ahí tiene usted una desgracia terrible por la que no es posible pedir indemnización a la Compañía.

ACERTIJO.—¿Cuál fué el jugador de billar más antiguo?

—Moisés, que subió a Sinaí por "dos tablas".

BUEN ORIGEN.—¿Quiere decirme si conoce algún músico de origen volcánico?

—Sí, señor: Es-lava.

LOS NIÑOS DE AHORA



—No voy a estudiar más en los manuales de que es usted autor. Son muy antiguos. Se conoce que no lee usted periódicos.

RAZONABLE.—Oye, pequeña, ¿por qué llevas abierto el paraguas?

A lo que responde Juanita:

—Pues verá usted: cuando llueve, se lo lleva mi papá. Cuando hace sol, se lo lleva mamá. Yo no lo puedo usar más que como ahora, cuando no hace sol ni llueve.

NO ES MALA SUERTE. — ¿Te acuerdas de que siempre andaban peleando López Pérez y su señora?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Pues, por fin, han llegado al convencimiento de una verdad sobre la que no discuten.

—¿Cuál?

—La de que no es posible que se entiendan nunca.

LOS NIÑOS DICEN LA VERDAD. —Uno de los convidados dice a una niña de la casa:

—¿Supongo que ya ayudarás bastante a tu mamá?

—Claro. Hoy mismo no tengo tiempo de distraerme; tengo que ayudarle a vigilar para que no se lleven ustedes las cucharillas.

ENTRE AMIGOS.—Estoy muy disgustado contigo. Para desacreditarme andas diciendo por ahí que soy un viejo imbécil.

—¡Cómo exagera la gente! Te aseguro que nunca he dicho que fueras viejo.

FILOSOFANDO



—¡Oh el otoño es una estación bellísima...! Sobre todo cuando no llueve y hace sol.

CHISTE MALO.—¡Cuidado con ese perro, que es de policía!

—¡Qué ha de ser de policía! Lo que es es un ladrón.

—¿Cómo ladrón?

—Sí, hombre; ¿no ves que no hace más que ladrar?

(Sigue en la otra página.)

ESOPO EN VENTA

Antes de comprar a Esopo, quiso Xantus saber si éste tenía algún ingenio.

—¡Regocíjate!—le dijo.

—¿Por qué he de regocijarme?—preguntó el filósofo.—¿Acaso estaba triste?

—Te doy los buenos días.

—¡Buena cosa! Y yo te los devuelvo.

—¿De qué país eres?

—Soy negro.

—No es eso lo que te pregunto, sino que deseo saber en qué lugar has nacido.

—Mi madre no me dijo nunca si nací en un lugar alto o bajo.

—¿Qué sabes hacer?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Quieres que te compre?

—He ahí un asunto, a propósito del cual no tienes por qué consultarme. Cómprame o no me compres, según te convenga. Un hombre no debe hacer nada por obligación o por fuerza. Ese asunto depende exclusivamente de tu voluntad... Si me quieres comprar, abre tu bolsa; si no, cesa de burlarte de mí.

—Tienes razón; pero eres muy feo.

—Un filósofo debe mirar el ingenio y no la cara.

Xantus pagó al vendedor de esclavos y compró al hombre que le había replicado con tanto acierto.

MENOS MAL

—¿Qué tal mi diabetes, doctor?

—Admirablemente, amigo mío. Tiene usted una enorme cantidad de azúcar, y con el alza que se está produciendo en estos momentos está usted en tren de realizar una fortunita.

COSAS DE CHICOS.—¿Qué le pasa a tu hermanito Juan para estar en la cama?

—¡Nada! Estábamos jugando a quién bajaba más pronto de la azotea y él ganó: ¡bajó sin escalera!

UNA DESGRACIA.—¿Qué es de tu primo Alfredo?

—Internado en el hospital.

—¡Caramba! ¿Le ha ocurrido algo desagradable?

—Una gran desgracia... para los demás: ¡Se ha doctorado en medicina!...

COSAS DE IDIÓTEZ.—¿Cómo no me escribiste durante tu viaje?

—Porque no sabía a qué señas habías de remitirte las cartas.

—¿Y por qué no me escribiste preguntándomelas?

BROMAS PESADAS

—¡Estupendo! Este sabio afirma, esposa mía, que la vida puede prolongarse todo lo que se quiera. ¿Qué te parece?

—Que ese sabio tiene bromas muy pesadas.

PROSAÍSMO.—Cierto caballero visita el taller de un sobrino suyo.

—¡Hombre! Me han dicho que te han dado veinte mil pesos por tu último cuadro.

—Así es, tío.

—Pues, hijo; pues ya tienes bastante para que te dejes de pinturas y macanas y empieces a ocuparte en negocios más serios.

LA VACUNA PERJUDICIAL. — Desengáñese; la vacuna es una cosa perjudicialísima.

—Pero, no diga usted disparates.

—Lo digo, porque conocí a un niño sano y robusto que a los dos días de vacunado, murió.

—¿Y cómo fué eso?

—Pues que le atropelló un auto.

DOMINIO DE LA VOZ. — Cierto cantante, diestro en el canto; pero extremadamente infatuado, se presentó en una ocasión ante Luis XIV.

Este rey, viendo el estado deplorable de sus medias le preguntó si era él el cantante del que le habían hablado con elogio.

—No lo sé, Majestad; pero puedo vanagloriarme de poseer una voz con la que hago lo que me place.

—Si es así, os aconsejo que os hagáis un par de medias, que buena falta os hacen.

LAMENTACIÓN MOTIVADA

—¡Qué lástima que haya pasado ya la cuaresma! Por lo menos en aquellos días teníamos un pretexto honroso para imponernos privaciones.

APRENDIENDO A PATINAR. — ¿Qué es lo más desagradable cuando se aprende a patinar?

—El piso.

POCO MÁS O MENOS.—¿Cuál fué la causa de tu caída?

—La fruta.

—Vamos, como Adán.

—Poco más o menos; me resbalé en una cáscara de banana, y me rompí este brazo y el "mate".

PENETRACIÓN

—Señor, ¿a que no adivina usted lo que he hecho esta mañana?

—¡Emborracharte, estúpido!

—Sí que tiene usted penetración.

TODO CON RETRASO.—¿A qué hora anuncian los periódicos que será el eclipse?

—A las doce, veinte minutos, cincuenta y tres segundos.

—¡Bah! ¡Siempre será a la una!... Aquí no hay nadie puntual.

TRANSFORMACIÓN. — Che, estoy convencido de que los deportes transforman al hombre. Antes de eso, todo el mundo que yo era un patoso. Pues apenas me puse los patines, ya dicen que tengo "buenas caídas".



La página de los lectores

Hacemos saber a los colaboradores de esta sección que en lo sucesivo no será tenida en cuenta ninguna colaboración personal que se nos remita, desde que esta página no fué creada para mantener correspondencia amorosa entre los lectores, sino para que éstos puedan expresar en sus columnas cuáles son sus ideales, sus aspiraciones y qué puede constituir la felicidad de una persona.

El hombre que constituye mi sueño

El hombre que constituye mis sueños es un simpático rubio, de regular estatura, que sea amante de los deportes y que sea cariñoso con la que ha de ser su eterna compañera.—*Amelia.*

El ideal que mi mente se ha forjado es un simpático rubio, de ojos azules que con su mirar sereno ha cautivado mi triste corazón.—*Penas de amor.*

El ideal que se ha forjado en el crisol de mi mente es un simpático rubiecito de 25 a 27 años.—*Morochita.*

Mi ideal sería un hombre de 35 a 40 años, que tenga fortuna y que sepa querer.—*Corazón herido.*

Mi ideal lo constituye un joven rubio rojizo, más bien bajo, delgado, algo taciturno, y que no ha reparado en la—*Morocha que lo adora.*

Mi sueño dorado lo constituye un joven morocho de 18 a 20 años, que sea amante del box, así como lo es la que será su fiel compañera.—*Lilla.*

Mi ideal lo constituye un simpático rubio, de ojos celestes y mirar profundo, de 21 años y regular estatura.—*Rubia de 15 primaveras.*

El ideal que mi mente se ha forjado es un simpático chico.—*A. G.*

El hombre que constituye mi sueño es un estudiante.—*Chica que ignora su cariño.*

Mi ideal lo he forjado en un simpático morocho de ojos negros.—*Rubia que no lo olvida.*

Mi ideal soñado es un joven de regular estatura.—*M. T. M.*

Mi verdadero y único ideal está cifrado en un simpático morocho de regular estatura, que con sus negros ojos soñadores conquistó por completo mi joven corazón.—*Ojos verdes.*

Mi ideal lo constituye un joven delgado y de cabello ondeado.—*Una enamorada.*

Mi ideal lo constituye un morocho de ojos grandes y soñadores.—*Una arrepentida.*

Mi ideal lo constituye un simpático chico de 37 años, de cabello castaño y ondeado.—*Una platense.*

Mi ideal soñado es un hermoso chico de 18 a 20 años, morocho, de renegrida y ondulada cabellera, tez blanca, ojos azules y porte elegante, que le agrade el cine, la música, el baile y las flores.—*Necochina.*

"Mi ideal lo constituiría un joven, rubio o morocho, de cabello ondulado, honrado, trabajador y amante de la música y del sport.—*Rubia de Concepción.*"

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por la simpática morocha, a quien amo y amaré en silencio.—*P. G. C. de (Palermo).*

Mi mayor felicidad sería saber el paradero de mis compatriotas Juan Zullán y José Fagotto.—*A. Goy, Arroyo Seco.*

Mi mayor felicidad sería que el Supremo Hacedor eliminara del mundo a todas esas personas que fingiéndose amigas traicionan a quienes creen en ellas.—*Un amigo desengañado.*

Mi mayor felicidad sería encontrar un joven morocho, de ojos verdes, alto, amante del baile y de la música.—*Melenita de ébano.*

Mi mayor y única felicidad sería ser correspondida por el simpático rubio del que estoy locamente enamorada.—*Chica de Flores.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por la simpática morocha a quien amo y amaré en silencio.—*P. P... (Capital).*

Mi mayor felicidad sería combatir mi cruel enfermedad para luego unirme con el ser que tanto amo.—*Alma que sufre...*

Mi mayor felicidad sería encontrar al joven que con su mirada ha sabido despertar el amor en mi corazón.—*La rosa blanca.*

Mi mayor felicidad sería poder llegar hasta el fondo del corazón del ser que tanto amo.—*Rubia de Loria.*

Mi mayor felicidad sería esta: manifestar mis sentimientos a un simpático morochito.—*Rubia de 27 estíos.*

Mi mayor felicidad sería poder manifestar mis nobles y puros sentimientos a una simpática rubiecita.—*El chico de la Facultad.*

Mi mayor felicidad la constituye un simpático marinerito.—*CM - Flores.*

Mi mayor felicidad sería poder borrar de mi mente al rubito que tanto amé y no lo puedo olvidar.—*Santiagueñita E....a.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por la chica por la que sufro amargamente.—*Pedro C.*

Mi mayor felicidad sería volver a ver al simpático chico que conocí en un corso.—*Morocha M.*

Mi mayor felicidad consistiría en ser correspondido por una simpática morochita de unos 25 a 26 años.—*Corazón que sufre.*

La felicidad que más anhelo en la vida es la de encontrar un lindo pibe norteamericano, rubio y elegante, cuyo amor no sea frío y que me ame mucho a—*Morocha de 17 primaveras.*

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO.—"La página de los lectores".—Maipú 393—Buenos Aires.

Una moda creada por un perro.—La infortunada emperatriz Isabel de Austria, habiendo una vez salido a pasear por el campo, entró en un restaurant para tomar un refresco. Como se hallara sofocada, quitóse el sombrero y lo puso en el respaldar de la silla. Había en la casa un cachorrito que se puso a jugar—sin que lo vieran—con el regio sombrero, haciendo trizas en pocos minutos. Las damas de la emperatriz se apresuraron a ofrecer sus sombreros para regresar a palació, pero la augusta dama prefirió terminar la excursión con la cabeza al aire.

Bastó este acto, para que muchas elegantes de la corte, imitando a su soberana, pusieron de moda salir a paseo en cabeza.

EL ENCANTO DEL ESCOTE

Un escote sin defectos en la mujer que lo posea, constituye uno de los mayores encantos de su belleza. Cuánta tristeza provoca en cambio los barrillos, granos, manchas, sarpullido, etc. Está científicamente probado que estos defectos del cutis no son de causas exteriores, ni se quitan con pomadas ni cremas. Es necesario tomar el azufre termado para purificar la sangre y verse libre de todas estas molestias.

Ideas siniestras

Los que padecen de enfermedades del estómago viven en una continua noché; para ellos la vida no tiene atractivos, y el mundo les resulta odioso. Transcurren sus días en el peor de los pesimismos saturando sus mentes de ideas siniestras. Como un paliativo para estos males, es oportuno recordar que el bicarbonato catálico reune los principios vitales para eliminar paulatinamente las dispepsias, las gastralgias, catarros del estómago, la acidez, etc. Su sabor es agradable y su resultado positivo. El bicarbonato catálico que supera en forma concluyente al bicarbonato de sodio, no sufre alteración mientras se le conserve en su envase original.

Este año no hay fiestas patrias

Tres leguas y media de donde estábamos quedaba el boliche de don Julián Santiago. Era el más cercano. Decían que había otro, aunque menos surtido, a unas cinco leguas largas, pero no llegamos nunca hasta allí.

Era el de don Julián Santiago como todos los negocios en "ramos generales" que se encuentran en nuestra campaña, y por su parte, el dueño, como todos los bolicheros criollos: lo menos "bolichero" posible. No morirá el hombre rico conforme corresponde a su profesión, pero sí sobrado de hijos y nietos, de aquí y de allá, y si aun quedan para entonces, "lloronas" abundantes se encontrarán alrededor de su cajón, pues no hay ni qué decir respecto a la cantidad de cosas que le deben todas las criollas del pago... Todas sin excepción, y bueno es subrayarlo porque pudiera llegar a creerse que don Julián Santiago como todos los hombres, tiene en cuanto se refiere al otro sexo, sus predilectas, lo que significaría en el distingo la existencia de alguna repudiable, o despreciable, y, ¡válganos el diablo! nada más extraño a la sencillísima psicología del buen bolichero que tales distinciones! Para don Julián Santiago, propincuo alcalde de aquel lugar y futuro patriarca con todas las de la ley, no hay "china" que no valga, o haya valido, o esté por valer... Quiere ello decir que para él tienen las viejas el encanto de revivir gratos recuerdos, y las mozas el de ofrecer ocasiones en que almacenar muros hechos en el recuerdo de lo por venir, y las muy muchachas el de apuntar en el horizonte como una aurora rosada en día domingo y de carreras!...

Don Julián Santiago es hombre con mujer propia y de ahí precisamente le ha nacido el único filoncito de disgustos que en la serranía de su vida plácida, ha podido encontrar. Pero, sin duda, tal filón no le preocupó nunca mucho, si juzgamos por lo que vimos. Su mujer, naturalmente, es la que cargaba con sus disgustos y con los ajenos, y tanta cantidad de desdichas veníanla agobiando en forma que, con sus dos hijos y sus cuarenta años, parecía contar algo más del medio siglo, lo que debió influir a su vez en el despego que su marido "la fué sintiendo", según expresaba, sin que haya necesidad de frotar mucho las entendederas para entender que él prefería y daba íntegro el boliche a cualquiera mujer antes que a la suya...

Llegamos al boliche una tarde y nos encontramos a marido y mujer regañándose. En cuanto nos vieron, cuerdamente callaron, pero en tanto oímos que ella decía:

—Sos un sotreta... Te vas a quedar en cueros por tu afán por el chinerío; dejate de ser tan osequiador y acordate que tenés dos hijos a los que no tenés derecho de dejar en medio el camino, cuando vos estirés la pata, ¿o te creerás que vas a vivir siempre? No van a hallar más que tus deudas y tus embrollos, pedazo e sonso abombao... Dejate e festejar a cada rato el 25 e mayo que al fin a vos no te toca... ¿Por si acaso vos sos el alcalde, o el comesario, o el juez?...

Las fiestas mayas se aproximaban efectivamente, y como en años anteriores don Julián Santiago preparaba sus festejos con anticipada alegría, trasmisible luego al paisanaje de algunas leguas a la redonda. ¿Quién pensaba en faltar al "boliche" de don Julián Santiago un día de fiesta patria, ni el posterior, ni la víspera?... ¡Nadie! Allí se encontraba, además del grato ambiente, lo mejor de cuanto pudiera apetecerse: dulces, vino, caña, música, taba, asado, empanadas, carreras, sortijas, buenas mozas. ¿Qué más se necesitaba para gritar ¡viva la patria?

La mujer de don Julián Santiago era la única que no daba vivas y protestaba de tales fiestas, contrariamente a lo que pudiera sospecharse de la compañera de un bolichero, y la razón era sencilla: su marido era poco bolichero durante el año, pero un día de fiesta patria lo era menos que nunca y echaba la casa por el ventanuco enrejado utilizado para atender durante las noches a los desconocidos que se acercaban al negocio. Venía a resultar así, que, en el espacio de tres días, y sus noches, no restaba utilidad alguna en el cajón del mostrador, pues cuanto entraba no era, regularmente, más que una parte de lo que había costado todo cuanto engullían y sorbían, los vecinos de por allí, dispuestos, cual más, cual menos, a no dejar pasar la gran fecha sin "pescar una buena" que dejara recuerdo, al menos, por un mes, ya que no hasta la otra fiesta. Y todo esto, según su mujer sucedía por culpa del patriotismo de don Julián Santiago que se mezclaba entre todos deseoso de ser el primero en dar los gritos de ritual, y además, por su amor al prójimo, o mejor, a las prójimas:

—¿Qué dice ahí solita, mi prenda? ¿No ha tomao nada a la salú de la patria? ¿No?... Venga...

¡Y le servía la copa más grande de la mejor bebida que tuviera, grátis! Naturalmente, no quedaba moza que no pusiera cara de resignación en cuanto posaba en ella sus ojos el bueno del bolichero, ni se hallaba una sola que rehusara el patriótico invite, pues, se sobreentiende, que después de ofrecido donjuanescamente el vaso, en cuanto oíase música ya estaba don Julián Santiago diciéndole a la moza:

—Ahora, prenda, pa calentar los güesos vamo a bailar esa polca, ¿quiere?...

Y la bailaban, y mientras duraba aquella pieza no cesaba el hombre de decirle al oído cosas dulces a la prenda. De aquellas palabras endulzadas, salían nuevas copas, empanadas, tabletas, y andando los días hasta un corte de zaraza, un buen par de peinetas con piedras o algunos metros de cintas, todo lo cual advertía la mujer, para rabiar con toda su alma. "Sotreta, sotreta—repetía sin cesar—dejarse engañar por esa liendruda, que no hace más que robarle la plata, sotreta, sotreta!"

El año anterior había la buena mujer constatado que su marido sólo había recogido del cajón del mostrador, en los tres días de festejos patrios, una cuarta parte de la cantidad que quedó debiendo en el almacén "por mayor" que surtía el boliche. Tres meses después, vinieron los apuros para "cumplir con la casa" y levantar los pagarés firmados, que se salvaron gracias a unas vaquitas que fué necesario malvender a un turco de la vecindad.

Aquel año, por eso, la mujer de don Julián Santiago tomó la resolución, con toda energía,—de no permitir que se festejara en el boliche ninguna fecha patria, y así fué. Próximo el 20 de mayo supimos que el amigo bolichero, estaba en cama, con "un mal de costao". A principios de junio, recién apareció nuevamente su corpachón detrás del mostrador de tablas forradas de cinc...

Los paisanos vecinos, que no estaban avisados de la enfermedad de don Julián Santiago, llegaron el día 24 bien temprano al boliche, y en cuanto desmontaron se dispusieron a desensillar, dispuestos a quedarse por allí unas setenta horas por lo menos, pero la buena mujer, que los conocía, les ahorraba el trabajo:

—No hay festejos, don Cirilo—le decía a uno.

—¿Cómo dice?...

—Que este año no hay festejos...

Y entraba a explicarle, detalladamente la enfermedad de su marido.

Los paisanos se volvían a la querencia, con la cara larga.

Mientras, la mujer del bolichero sonreíase picarescamente.

—Este año no hay festejos... Quien quiera chupar, que pague, ya que a Julián Santiago naide le regala nada! ¡Ya no hay más "viva la patria"!... ¡Qué amolar!

Algunas malas lenguas, ¿quién se libra de ellas?, dijeron que al bolichero, su mujer habíale propinado una buena tunda, el 20 de mayo, precisamente. Y logró con ella tenerlo en cama los días necesarios, hasta que "pasaran las fiestas patrias"... Pero, esto, ¡quién lo asegura, si el mismo don Julián Santiago afirmaba que había estado enfermo de "un mal de costao"!...

Protasio LUCERO.

Los rábanos son ricos en fósforos y hierro, sales orgánicas que alimentan los nervios agotados.

Macanitas

NO HAY QUE FIARSE

La inocente Rosalía,
contando sus relaciones
amorosas a su tía
Romualda y sus ilusiones,
encantada le decía:
¡No te puedes figurar
lo cariñoso que él es!
¡Ay! ¡Qué gozo singular
siento al oirme llamar
¡"alma mía" por mi Andrés!
¡No te fíes, Rosalía,
(le dijo doña Romualda)
que aunque hoy te llame "alma mía",
es capaz, el mejor día,
¡de "echarse el alma a la espalda"!

COSAS CHOCANTES

De tranvías estos días
ha habido choques bastantes.
¿No es raro que los tranvías
sigan siendo tan "chocantes"
como en sus primeros días?

EL PEOR SUICIDIO

Quien se casa se suicida,
del peor modo, por cierto,
porque ya es cosa sabida
que el casado es hombre muerto
que no pasa a mejor vida.
Esta es la mayor verdad
que sabe la humanidad
desde que existe el casorio
y siempre se hace notorio
en la buena sociedad
porque cuando un caballero
se compromete, en seguida
los amigos del "cordero"
"lo despiden de la vida"...
de la vida de soltero.

CUIDADO CON LA PINTURA

Caminando por Florida
con elegante vaivén,
vi a una joven distinguida
y esbelta,... una niña "bien"...
Bien calzada y bien vestida.
Iba delante de mí,
mas dió vuelta de repente
y, que era su rostro, vi,
no un cromo precisamente,
pero una acuarela sí.
Negro, blanco, carmín, rosa,
aplicados cada cual
con un arte magistral;
de una carita preciosa
lograron el ideal.
¡Una espléndida hermosura!
(Pensé yo) mas bueno fuera
ponerle a ésta criatura
un letrero que dijera:
¡Cuidado con la pintura!

PRENDAS DE VESTIR

El poncho argentino

MONÓLOGO

Soy del gaucho un compañero,
yo soy el poncho argentino
hecho de suave merino
que abriga, aunque es muy liviano.
Soy quien, sirviendo al paisano,
nunca un favor le mezquino.
Después de la china fiel,
soy su prenda más querida,
siempre con gusto lucida,
que al flaco igual que al rechoncho
a todos les queda el poncho
como hecho sobre medida.
¡Cuántas veces, en el rancho,
mira con satisfacción,
mientras toma un cimarrón
o la vigüela rasguea,
que sobre el poncho sestea
la china junto al fogón!
Cuando hay junción o milonga
y dentro en la pulpería,
por mostrar su bizarría
él sabe llevarme puesto,
porque yo soy quien le presto
arrogancia y gallardía.
¡Hay que ver al noble gaucho
de vigoroso semblante,
el poncho al aire flotante,
que jinetiando su flete
para el rodeo! ¡Es al cuete!
¡No hay tipo más arrogante!
No es sólo mi utilidá
de defensa contra el frío;
también en un desafío
soy su valiosa defensa,
pues cuando en mi auxilio piensa
pelea el gaucho con más brío.
Trenzado en un entrevero,
si está su suerte indecisa,
mi auxilio el gaucho precisa,
que arrojándome a los pies
del contrario, fácil es
que ruede en cuanto me pisa.
¡Juan Moreira y Martín Fierro
ya sabían la lición!
Me echaban ante el matón
y cuanto que en mí ponía
los pies... ¡zas!, ya se sabía,
lo voltiaban de un tirón.
El pueblero piensa que es,
dende que la moda vino,
más elegante y más fino
el sobretodo y la capa;
¡macanas! ¡La prenda papa
es ésta: El poncho argentino!

José M. SIERRA.

ASUNTO PELIAGUDO

—¿Cuánto darías por tener un cabello como el mío?
—No tengo idea, ¿cuánto diste tú?

Cía. Gral. de Fósforos.—Tall. ex R. Radaelli, Paseo Colón, 1266, Bs. As.

Actualidades cinematográficas



Una de las características escenas del film dramático "En el corazón del Africa salvaje", cuyo próximo estreno debe constituir un éxito.



Mabel Normand en "La vampiresa del cine", película en la que realiza una de sus aplaudidas creaciones.



Raymond Hatton y Mabel Normand, en otro de los interesantes pasajes de "La vampiresa del cine".



Harrison Ford y Marguerite de le Motte, principales intérpretes del film "Sombras".



Lon Chaney, otro de los intérpretes de "Sombras", en una de sus escenas.

Una Fortuna...

puede Vd. obtener si toma excelentes mates cebados con la YERBA MATE de SUPER-CALIDAD

RIGOLETTO

RICA, PURA Y LA QUE MÁS DURA

6° Gran Concurso

CON 5.066 IMPORTANTES PREMIOS

UN PRIMER GRAN PREMIO de CINCO BILLETES ENTEROS de la Lotería del Millón, a jugarse el corriente año 1923



Vea las bases explicativas y demás detalles en los affiches de las estaciones y almacenes.

Las soluciones deben escribirse en los cupones que contienen todos los envases de Yerba "RIGOLETTO"



La nueva Escopeta de repetición

Remington

MODELO 17 **CALIBRE 20**

Es la última palabra en armas de caza perfeccionadas. Reune todos los adelantos que la experiencia ha sugerido.

Una de las notables características que únicamente esta escopeta de repetición posee, es la de que se carga y descarga por la parte inferior. Por lo tanto las cápsulas vacías se expelen directamente hacia abajo.

Su recámara es sólida y enteriza. Ni el polvo ni el agua pueden penetrar en su mecanismo. Su seguridad es absoluta. Su equilibrio, perfecto. Por su peso reducido, es la escopeta ideal para las largas recorridas.

Los productos Remington están en venta en todas las casas del ramo.

REMINGTON ARMS COMPANY, INC.
25 Broadway, Nueva York, U. S. de N. A.

DONNELL & PALMER, Representantes
Moreno 562, Buenos Aires



Como un pétalo de rosa,

por su suavidad y hermosura, será su cutis, señora o señorita, si Vd. lo satura con el delicioso

POLVO GRASOSO

Brissac.

Precio de la caja, $ **1.40**
En Tiendas, Farmacias y Perfumerías

En cada caja del perfumado Polvo **BRISSAC** hemos incluído de regalo, un cupón que tiene su valor.

Unicos Concesionarios: **L. AUBERT & Cía.**
3443, Jorge Newbery, 3461 Buenos Aires

Representantes en Montevideo:
SASSOLI y ALONSO
Rondeau, 1440/42

Poudre Grasse de Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARIS
PARFUMERIE

GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D.
548765
La Perfumeria Higienica
Brissac.
Paris
entregara gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones mas 0.20 cts. para flete a los únicos concesionarios
L. AUBERT y Cía

Este cupón es copia del que va dentro de cada caja y no tiene ningún valor.